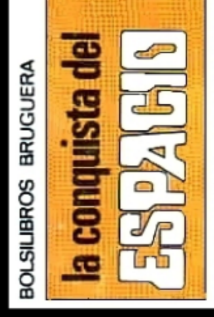
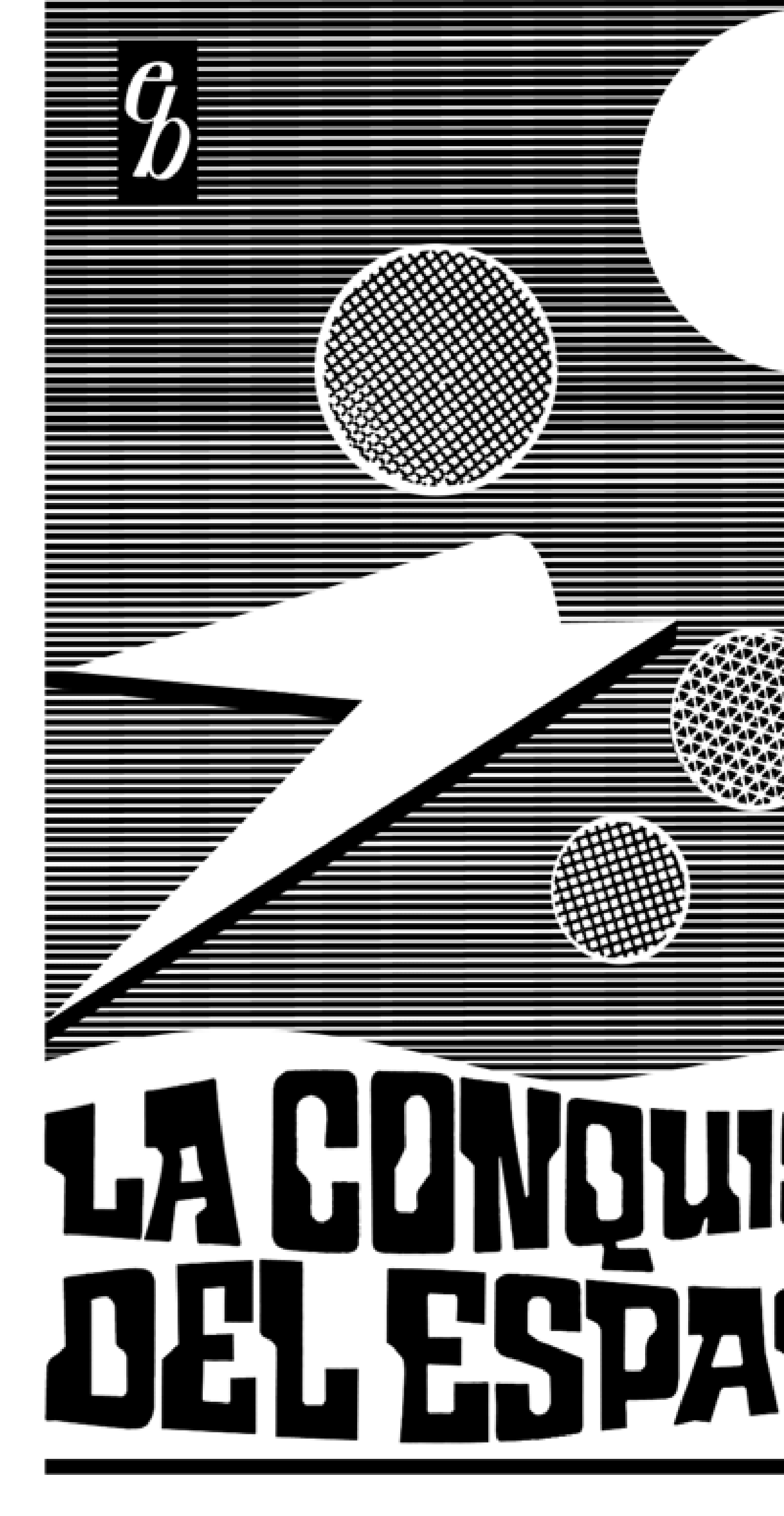


ISLOTE EN EL COSMOS

glenn parrish

CIENCIA FICCION


eb
LA CONQUI
DEL ESPA

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

295 - *Éxodo desde las tinieblas* - Kelltom McIntire
296 - *¡Yo, mono!* - Glenn Parrish
297 - *El árbol de la rebelión* - Clark Carrados
298 - *Esclavo del imperio* - A. Thorkent
299 - *Visitantes del futuro* - Adam Surray

GLENN PARRISH

ISLOTE EN EL COSMOS

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 300
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTA – BUENOS AIRES – CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 12.606 – 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1. ª edición: mayo, 1976

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA. S. A.**
Mora la Nueva. 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1976

CAPÍTULO PRIMERO

El día amaneció claro, radiante, sólo con algunas nubes blanquísimas en el cielo, como puestas allí por un fotógrafo para conseguir un buen efecto visual. Soplaba una ligerísima brisa y los pájaros saludaban al nuevo día cantando armoniosos trinos en las ramas de los árboles.

En su bicicleta de pedales, antigua, pero quizá por ello más atractiva a sus ojos, Mickey Emerson hacía su cotidiano reparto de los periódicos. Pasó por delante de la casa de la anciana señorita Bussey, lanzó el diario y vio el bulto que yacía acurrucado en un rincón del jardín. Otra vez el borrachín, pensó.

Mickey siguió su camino, lanzando aquí y allí los ejemplares del *Citizen* que el camión de reparto había dejado poco antes en la puerta de su casa. Freeville era demasiado pequeña para tener un diario propio, a pesar de que contaba con una revista, hecha entre todos, que se publicaba quincenalmente.

El chico silbaba alegremente. Aunque no le desagradaba el estudio, aquel día había fiesta. En cuanto terminase el reparto, agarraría los trebejos de pesca y se iría a cierto lugar del río, donde sabía que las truchas picaban sin demasiado esfuerzo.

El suelo sufrió de pronto una ligera sacudida y la bicicleta se tambaleó, pero Mickey consiguió recobrar el equilibrio en el acto. Sin dar la menor importancia al suceso, dejó un par de periódicos más y luego torció un poco a la izquierda, por el camino bordeado de árboles y césped, que conducía a la última casa de su recorrido en aquel sector.

Freeville era una ciudad residencial, de poco más de dos mil habitantes. El trazado de las calles y avenidas había seguido un plan racional, con un íntegro aprovechamiento de la naturaleza y del paisaje, entremezclado con las construcciones de diversos tipos, aunque todas ellas con algunos puntos en común: las distancias mínimas y la altura, que en ningún caso podía exceder de los dos pisos.

Solamente la torre de la capilla rebasaba la altura general, junto con la del municipio. Ambas estaban situadas en el centro comercial, único punto de la villa donde se permitía una mayor aglomeración de edificios y ello por una razón fácilmente comprensible.

El resultado había sido un conjunto del cual todos sus habitantes se sentían orgullosos. Había policía y un cuartelillo de bomberos, además de un centro educativo, con diversos grados de enseñanza, hasta bachiller, un pequeño hospital... Freeville no dejaba nada que desear a los ojos de sus moradores, gentes pacíficas y amables en

general.

Aquella paz estaba a punto de truncarse y los vecinos de Freeville no lo sabían, a pesar de que la mayoría se habían levantado ya de la cama.

Prácticamente, podía decirse que sólo había uno dormido y estaba en el jardín de miss Bussey. Ray Ockers estaba en el más beatífico de los sueños y en aquellos momentos era el hombre más feliz de la creación.

Mientras, Mickey Emerson seguía su camino. Arrojó el periódico hacia la puerta de la casa de los MacTavish y continuó pedaleando. Angus MacTavish salía en aquel momento, vio al chico, sonrió y le hizo una seña amistosa con la mano.

—¡Buenos días, Mickey!

—¡Buenos días, señor MacTavish! —contestó el chico.

La carretera doblaba a cincuenta metros de la residencia de los MacTavish, haciendo una especie de ruta de circunvalación. Helen MacTavish salió a la puerta de su casa un segundo después que su esposo.

—Hermoso día, Angie —dijo, respirando a pleno pulmón el aire puro y limpio de la mañana. Angie era el nombre familiar que Helen daba a su marido.

—Hermoso día, cariñ...

El señor MacTavish no pudo continuar. Mickey había gritado horriblemente.

—¡Angie! ¿Qué le ha pasado a ese chico? —gritó Helen.

MacTavish tenía la boca abierta de par en par. Era imposible, Mickey había desaparecido repentinamente, a cuarenta metros de la casa, como si se lo hubiera tragado la tierra.

Mickey gritó por segunda vez:

—¡Socorro! ¡Una cuerda! ¡Una cuerda!

Los MacTavish creían soñar. ¿Por qué pedía Mickey una cuerda, si el camino debía continuar en aquel punto?

—Voy a ver —dijo él, echando a correr, aunque estaba todavía en bata, pijama y zapatillas.

Helen le siguió en el acto. De pronto, MacTavish se detuvo al borde de un precipicio insondable, desde uno de cuyos puntos llegaba la voz de Mickey:

—¡Una cuerda, por favor, no podré aguantar mucho! —clamaba el chico angustiosamente.

MacTavish se inclinó. El día anterior..., ¿cómo el día anterior?, pero ni siquiera una hora antes había estado allí aquel espantoso precipicio, cuyo final resultaba poco menos que invisible, a cuarenta metros de su casa. Era un colosal corte, de caída a plomo, aunque con algunas irregularidades, entrantes y salientes, a uno de los cuales,

inexplicablemente, y a veinte metros del borde, Mickey había conseguido asirse con ambas manos, si bien sus piernas se agitaban frenéticamente en el vacío.

—¡Dense prisa, por favor! —gritó Mickey.

—Helen, vuelve a casa y llama a los bomberos, rápido —ordenó el hombre.

Ella giró sobre sus talones. MacTavish se quitó la bata.

—Mickey, voy a bajar a ayudarte —anunció—. Desde aquí veo un resalte, al cual me será fácil llegar. ¿Entendido?

—Sí, señor.

La bata de MacTavish era de baño y el cordón, trenzado, muy fuerte. MacTavish se lo enrolló al cuello y emprendió el descenso inmediatamente.

El resalte medía dos metros de largo por uno de ancho y quedaba a muy poca distancia de Mickey. MacTavish consiguió llegar hasta aquella estrecha plataforma y lanzó el cordón de la bata, al que Mickey se agarró ansiosamente.

—Voy a tirar —anunció el hombre.

—Sí, señor.

MacTavish era todavía joven y fuerte, de modo que no le resultó difícil izar al muchacho hasta el reborde. Mickey, aunque sereno, estaba muy pálido.

—Señor MacTavish, ¿qué ha pasado aquí? —preguntó.

El hombre paseó la mirada a su alrededor. A derecha e izquierda, sólo había un inmenso paredón vertical, que parecía extenderse hasta donde alcanzaba su vista. Pero frente a ellos no había nada más que cielo azul y nubes blancas.

—Falta la sierra, señor MacTavish —gimió Mickey.

Sí, convino MacTavish mentalmente, faltaba la sierra y faltaban todavía muchas más cosas, cuya ausencia le resultaba totalmente inexplicable.

Campos, granjas, riachuelos, carreteras, colinas, bosques..., todo lo que era el familiar paisaje del lado norte de Freeville había desaparecido por completo.

La voz de Helen sonó de pronto por encima de ellos:

—¡Angie, los bomberos ya vienen a rescataros, aunque me han tachado de loca! —gritó, con el torso inclinado fuera del borde.

—Está bien, Helen; pero ten cuidado, no vayas a caerte.

—¿Qué ha pasado aquí, Angie?

—Eso es lo que yo quisiera saber...

—Yo iba en mi bicicleta y, de repente, me encontré en el aire —explicó Mickey—. Les juro que no sé todavía cómo pude agarrarme a aquel saliente.

—¿Dónde está la bicicleta? —preguntó el hombre.

—No lo sé. Siguió cayendo, cayendo...

Una sirena se oyó de repente a lo lejos.

—¡Helen! —gritó MacTavish—. Hazles señales, diles que se detengan o se producirá una catástrofe.

Helen se puso en el centro del camino y agitó los brazos frenéticamente. El conductor del camión de bomberos, cargado de voluntarios, pisó el freno a fondo, pero ya era tarde.

La mujer apenas si tuvo tiempo de saltar a un lado antes de que el pesado vehículo saltara al vacío. Abajo, MacTavish y el chico vieron pasar el camión a pocos metros de distancia, volteando lentamente en el aire, mientras desparramaba su carga por todas partes.

Los bomberos, que viajaban en pie, en el exterior del camión, cayeron con aparente lentitud, más aterradora todavía, mientras emitían unos chillidos capaces de helar la sangre en las venas del más valiente. MacTavish y Mickey contemplaron la horrible escena con ojos invadidos por una morbosa fascinación.

El camión y su carga humana se alejaron hacia abajo y los gritos perdieron intensidad, hasta que dejaron de oírse. Los bomberos desaparecieron antes que el vehículo, pero, al final, el espacio que había junto al paredón, quedó de nuevo desierto.

* * *

Ray Ockers despertó, sintiendo la lengua espesa y torpe.

—La pillé buena —dijo.

Sonaban voces excitadas cerca de él, pero no prestó demasiada atención.

—Un terremoto colosal.

—Eso no puede ser; en mi casa no se ha roto ni un solo cristal.

—Ya no se ve la sierra...

—Tonterías. ¿Bebes ya por las mañanas?

—Nueve bomberos han muerto...

—Algunos tienen ganas de salir en los noticiarios de la «tele».

—Es horrible, horrible; una cortadura gigantesca...

Ockers se sentó en el suelo. Vagamente, vio a la gente que corría al otro lado del seto que delimitaba la propiedad de Melitta Bussey, pero no prestó demasiada atención al hecho.

La señorita Bussey era la única persona que mostraba cierto afecto hacia él y no le recriminaba su afición al alcohol. Era una mujer de un acusado sentido del humor y Ockers recordaba todavía el día en que la conoció por primera vez, cuando, al igual que ahora, barbudo y desastrado, entró en el jardín, para ofrecerle su ayuda a cambio de un poco de comida. Ockers se había inclinado para apartar una hoja seca y ella, desde la puerta, gritó:

—Si tiene hambre, no coma de esa hierba; la de la parte de atrás es mucho más fresca y jugosa.

Por supuesto, Ockers no había comido hierba, sino huevos con tocino, tostadas, mermelada y café. Y, desde entonces, se había establecido una sólida relación entre la solterona de sesenta y seis años y el borrachín que tenía siete lustros menos.

Con gran disgusto de la única pariente de Melitta, su sobrina Cleo Langfries, una chica preciosa, que sufría un ataque de hígado cada vez que veía al borrachín en el jardín de la anciana solterona.

Pero ahora no estaba Cleo. Ockers, sin conceder ninguna atención al espantoso jaleo que había en el exterior, avanzó hacia la casa y llamó a la puerta.

Nadie le contestó. Melitta habría salido, pensó, por lo que dio la vuelta a la casa y entró en la cocina.

Había una cafetera llena. Ockers la puso al fuego.

—Tendré que dejar de beber, maldita sea —rezongó.

Mientras se calentaba el café, fue al baño, en donde se aseó un poco. Posiblemente, era el único habitante de Freeville que conocía uno de los secretos mejor guardados de la solterona: su maquinilla de afeitar, para limpiarse el vello de las piernas. Ockers la usó para dejarse la cara limpia.

Cuando volvió, el café estaba caliente. Tomó un par de tazas. Cuando terminaba la segunda, oyó voces en el vestíbulo:

—Tía, algo ha pasado aquí. El alcalde ha llamado a la capital, pero no contesta nadie. John Bradshaw ha usado su radio de aficionado y tampoco ha recibido la contestación de ninguno de colegas.

«Ya está ahí esa entrometida», pensó Ockers.

Dejó la taza y caminó hacia la puerta, pero las dos mujeres le sorprendieron cuando se disponía a salir.

—¡Ray! —dijo la solterona.

—¡El borrachín! —resopló Cleo despectivamente.

Ockers se volvió.

—¿Qué tal, señoritas? —saludó, cortés.

—Ray, ha ocurrido algo horrible...

—Tía, echa a ese beodo ahora mismo de tu casa gritó la chica.

—Calla, Cleo —dijo Melitta—. Ray, tiene que ayudarnos; estamos en una situación horrible.

—¿Qué pasa? —preguntó el joven—. Me pareció oír muchos gritos...

—Nadie sabe bien lo que sucede, sólo que en el lado norte de la ciudad, se ha producido una falla colosal. Un camión de bomberos, con nueve hombres, ha caído por aquel precipicio y todos ellos han desaparecido —explicó la solterona.

Ockers puso cara de tonto.

—¿Un precipicio? ¿Un coche de bomberos?

—Sí, justamente.

—Pero, no sé qué puedo hacer yo… El coche y sus ocupantes se habrán estrellado contra el fondo…

—El precipicio no tiene fondo, Ray.

Ockers miró a las dos mujeres alternativamente. Estuvo a punto de decir: «Me parece que no soy yo solo el único que "*sopla*" aquí», pero logró contenerse.

—¿Un…, un precipicio sin fondo?

—Así es, Ray.

—Tía, ¿hasta cuándo vas a aguantar a este vago? —exclamó Cleo, impaciente—. Échale de casa de una vez…

—Chica, ¿quién manda aquí? —dijo Melitta, enérgica—. Ray, ¿queda café?

—Por supuesto.

Ockers sacó dos tazas de la alacena y las llenó de café. Cleo avanzó renuente hacia la suya.

—¿Cómo ha logrado sorberle el seso a mi tía? —preguntó, hiriente.

Ockers sonrió.

—Soy un tipo simpático, ¿verdad, Melitta?

—Oh, sí, muy simpático, aunque no me gusta su excesiva afición al licor —declaró la anciana—. Pero confío en redimirle algún día.

—¡Ja, ja! —dijo Cleo, muy seria.

De repente, se oyó un tremendo alboroto en el exterior.

Sonaban gritos de pánico. Alguien disparó un arma de fuego. Varias mujeres chillaron, como acometidas por una crisis colectiva de histeria.

CAPÍTULO II

Ockers salió disparado de la cocina, seguido por las dos mujeres, y llegó al salón principal. Desde una de las ventanas, contempló a la gente que corría alocadamente en todas direcciones.

Una sombra dorada pasó veloz, rugiente, por el jardín de la casa, llevando algo en su boca de enormes colmillos. Ockers pensó por un momento que le duraban todavía las pesadillas de la borrachera.

El león desapareció de su vista en fracciones de segundo, con su presa, un hermoso perro que ya había muerto. La gente que invadía la calle había desaparecido ante la presencia del felino.

—Un león —dijo Melitta.

—Pero si no había ningún circo en cien millas a la redonda —exclamó Cleo.

De pronto, un conejo cruzó a saltos el jardín. Algo aleteó con fuerza en las alturas. El águila se precipitó sobre el lepórido y lo capturó con sus poderosas garras, elevándose raudamente hacia las alturas. La visión, como la anterior, duró escasos segundos.

Por la calle, inesperadamente, cruzaron una pareja de elefantes, trompeteando con gran estrépito. Sonó un mugido.

Varios astados siguieron a los elefantes. Ockers se dio cuenta de que eran toros bravos.

En uno de los tilos del paseo divisó una cinta amarilla y verde. Era una boa gigantesca.

Una mujer salió chillando de su casa:

—¡Socorro, socorro; hay cocodrilos en mi piscina!

Cleo se pasó una mano por la cara.

—¿Nos hemos vuelto todos locos? —dijo. Melitta, resuelta, se volvió hacia el joven.

—Ray, arriba, en mi dormitorio, tengo una escopeta. Te traeré cartuchos —exclamó.

Un grupo de hombres armados con rifles y escopetas desfiló lentamente por la avenida. Melitta regresó con el arma y algunos cartuchos

-- No sé lo que pasa, pero conviene que estemos prevenidos. Tú, sobrina, lo mejor que puedes hacer es qudarte aquí.

—Pero, tía, es la hora de ir a clase...

—¿Te parece que éstos son momentos de pensar en los brutos de tus alumnos?

Ockers revisó el arma.

—Será mejor que salga a ver —dijo—. No se muevan de la casa y cierren bien puertas y ventanas.

Ockers cruzó el umbral y llegó a la avenida. A los pocos momentos, se encontró con una cara conocida.

—Ted —llamó.

El hombre se volvió. Tenía un revólver en la mano, pero daba la sensación de estar lleno de pánico.

—Sucede algo horrible, Ray —dijo—. Ha desaparecido todo el lado norte de la ciudad…

Ockers miró a lo lejos. Los límites de Freeville estaban a menos de mil metros de distancia.

—Y nueve bomberos han muerto… —añadió Ted Caidin.

La boa se descolgó del árbol y cruzó reptando la calle. Caidin lanzó un alarido y echó a correr.

Ockers caminó precavidamente, con el arma a punto. Pero ya no vio más leones ni otras fieras.

La avenida aparecía completamente desierta. Todos los vecinos, aterrados por algo que no comprendían, se habían encerrado en sus casas.

Al cabo de unos minutos, Ockers pasó por delante de la residencia de los MacTavish. El dueño se asomó a la puerta.

—¡Eh, no siga! —gritó—. Ya no hay más suelo a cuarenta metros de distancia.

Ockers asintió. Anduvo unos pocos pasos más y, de pronto, se encontró en el borde de la cortadura.

Miró hacia abajo.

Sintió vértigo.

Aun con las naturales irregularidades, el corte era limpio, vertical, sin que se viera su final, oculto por las nubes que no sólo estaban en el cielo, arriba, sino también frente a él y abajo, cubriendo el fondo de aquel incomprensible precipicio.

De pronto, las nubes del fondo se aclararon un tanto.

Fue una visión fugaz, que duró algunos segundos tan sólo. Quizá menos, calculó Ockers más tarde.

Pudo ver el final de la cortadura, abajo, a unos tres mil metros de distancia…, y también un negro rasgón en la capa de nubes. En pleno día logró divisar la negrura del firmamento, en la que destacaba una sola bola azul verdosa, que no podía confundirse en modo alguno con la Luna.

Pero las nubes se agolparon de nuevo y la visión cesó casi en el acto. Ockers dudó de sus sentidos.

¿Había sido una ilusión óptica?

Se conocía bastante bien a sí mismo y sabía que ya se habían disipado de su mente los vapores alcohólicos.

Aquello que había visto en el negro espacio…, ¿no era el planeta Tierra?

* * *

—No he conseguido averiguar nada —dijo, una vez de vuelta en la casa.

—Llamaré a la policía —declaró Melitta.

—No servirá de nada, tía —intervino Cleo—. Yo lo he intentado; las líneas están bloqueadas.

—Pero algo tenemos que hacer. Esto no es el África selvática; aquí jamás ha habido otra cosa que animales inofensivos..., tal vez algunos zorros y hasta unos halcones, pero jamás leones, elefantes y toros bravos.

—Sin contar con boas y cocodrilos —añadió Ockers, sonriendo.

Cleo le miró de hito en hito.

—Ayer leí, en una revista vieja, algo acerca de usted, Ray —manifestó.

—¿Sí? Mis amoríos con la bella y casquivana Gladys Farabee, la famosa estrella de Uni-TV.

—No presuma de conquistador —dijo ella con aspereza—. Usted es el autor de la teoría sobre la gravedad parcial.

—En efecto.

—Y el constructor del graviciclo.

—Constructor fracasado.

—¿Por qué?

—Eso importa poco ahora —exclamó Melitta—. Lo que interesa es saber qué va a suceder en nuestra ciudad.

—He hablado con uno que volvió del lado sur. Por allí, todo sigue normal —declaró la chica.

—El lago está en esa dirección, ¿no? —dijo Ockers.

—Sí y el Silver Creek desemboca en él, pero hay una carretera que bordea el lago...

—Ray, ¿por qué no sacas el coche del garaje? —propuso la solterona—. Podríamos ir a explorar por aquel lado.

—No es mala idea —convino Ockers, recordando lo que había visto, ¿o solamente había creído verlo?

Momentos después, embarcaban en el coche. Al poner las manos en el volante, Ockers apreció que la ciudad aparecía completamente desierta.

—Están llenos de miedo —dijo.

—Es natural —contestó la anciana.

Pero, enérgica y resuelta, empuñaba la escopeta con ambas manos.

Cleo viajaba en el asiento posterior. Minutos después, pasaban por el centro de la ciudad.

Un hombre de uniforme salió al paso, agitando los brazos con rápidos movimientos.

—¿Están locos? —gritó—. Vuelvan a sus casas; hay fieras sueltas...

Melitta bajó la ventanilla de su lado y miró fieramente al policía.

—Ken Harrison, vamos a ver qué hay al otro lado del lago —dijo.

—Nada, sino tierra y montañas —contestó el policía—. Estamos tratando de comunicarnos con la capital; lo que sucede es algo incomprensible...

—Nosotros vamos a tratar de que sea comprensible, Ken.

—¿Con ese tipo al lado?

—Mi tía es así, Ken —suspiró Cleo desde el asiento posterior.

—La tengo chiflada —rió Ockers.

Y pisó el acelerador de nuevo.

Harrison blandió el puño.

—¡La policía no se hace responsable de lo que pueda ocurrirles! —bramó, colérico.

Ockers aumentó la velocidad del coche. Cruzaron la ciudad por completo. De pronto, pasaron por delante de una casa situada en lo alto de una pequeña colina.

—La casa de la bruja —dijo Cleo.

Una mujer descendió corriendo por el camino, haciéndoles señas con la mano.

—Y ahí está la bruja —añadió la propia Cleo.

—Para, Ray —ordenó Melitta—. Oigamos lo que tiene que decirnos Nancy Guild.

La mujer llegó junto al coche. Era muy alta, delgada, pero de formas netamente femeninas, pelo negro y ojos verdosos.

—¿Pueden llevarme? —solicitó.

—Arriba, Nancy —sonrió la solterona.

Ockers se volvió para abrir la portezuela del lado izquierdo.

—Entre, miss Guild —dijo.

Nancy se sentó junto a Cleo, quien se apartó hasta el fondo del asiento.

—Ha pasado algo horrible —dijo la recién llegada.

—Espantoso. ¿Sabe usted algo? —preguntó Melitta.

—No..., nada, pero quiero enterarme...

La voz de la hermosa morena era insegura, advirtió Ockers. De pronto se dio cuenta de que Nancy no le conocía.

—Soy Ray Ockers —dijo.

—El autor de la teoría de la gravedad parcial.

—Así es, miss Guild.

—He leído sus trabajos. Son muy interesantes, pero están

errados en un punto.

Cleo miró asombrada a la nueva pasajera.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó.

—La intensidad de la gravedad parcial a que puede estar sometido un cuerpo no es inversamente proporcional a la distancia que le separa del centro-origen de esa gravedad en un total, sino en dos tercios —recitó Nancy casi mecánicamente.

—¡En dos tercios! —repitió Ockers.

—Exactamente, en un sesenta y siete coma cero uno nueve cuatro por ciento —puntualizó la morena.

—¡Mecachis! —Ockers se pegó una palmada en la frente—. Lástima no haberlo sabido antes. Yo calculaba que el total era algo exagerado, pero pensé que, a lo sumo, esa intensidad podía ser de un noventa y dos...

—Le sobra mucho —rió Nancy.

—Y por eso no pude hacer volar mi graviciclo.

—Tal vez, Ray.

—Oye, chica, ¿cómo sabes tantas cosas? —preguntó Melitta.

—He estudiado, señora —respondió Nancy.

—Señorita —bufó la solterona.

—Dispénseme, no lo sabía.

—Tú llevas poco tiempo en Freeville, Nancy —intervino Cleo.

—Algunos meses —respondió la interpelada evasivamente.

—¿Ha estudiado ciencias, miss Guild? —preguntó Ockers.

—Sí.

—Iré a visitarla un día de éstos. Tendré mucho gusto en discutir el problema de la gravedad parcial.

—Me sentiré encantada, señor Ockers. Van a ver qué hay al otro lado del lago, ¿verdad?

—Así es. ¿Se ha enterado de la noticia?

—Sí.

—¡Cuidado, ese tigre! —chilló Cleo de repente.

Un hermoso felino, de rayas amarillas y negras, cruzó como un relámpago por delante del coche, perdiéndose inmediatamente en la espesura que había al otro lado de la carretera.

—Pero ¿qué diablos pasa aquí? —exclamó Melitta.

—Tía, ese lenguaje —le reprochó Cleo.

Ockers frenó de pronto. Una bandada de monos, alborotadores y gesticulantes, había invadido la carretera. Al cabo de unos momentos, algo les hizo escapar a grandes saltos.

—Pero ¿es que estamos en África? —se pasmó la solterona.

A los pocos minutos, cruzaron el Silver Creek, mediante un puente de dos arcos, sólido y elegante. El lago estaba ya a menos de dos mil metros de distancia, hacia el sur.

Continuaron su camino, en dirección oeste. Un cuarto de hora después, Ockers frenó en seco.

—Abajo todo el mundo —ordenó.

Saltó al suelo y las mujeres le siguieron. Ockers avanzó una veintena de pasos.

Se detuvo. Miró hacia abajo.

Tras él, Cleo lanzó un grito de horror.

Melitta, más tranquila, dijo:

—Lo suponía; también aquí se ha producido un corte.

* * *

Ockers hurgó en sus bolsillos y consiguió encontrar un paquete de tabaco, consumido a medias. Cleo le quitó el cigarrillo recién encendido.

Nancy estaba a unos pasos de distancia, con los brazos cruzados bajo el seno opulento, contemplando la cortadura con aire abstraído. Ockers se dio cuenta de que la línea de aquel corte era perpendicular a la del corte situado en las inmediaciones de la casa de los MacTavish.

El lago, ahora a tres mil metros, brillaba como un espejo y su final se perdía en una ligera bruma rosada. Ockers dejó que el cigarrillo humeante pendiera de la comisura de sus labios.

Una vez más, inclinó la cabeza. El corte era análogo al otro.

Tres mil metros de caída vertical..., pero ¿qué había después?

Habían recorrido unos veinte kilómetros desde la ciudad. ¿Dónde se hallaban realmente ahora?

Nancy se volvió de pronto.

—Algo muy extraño ha ocurrido —manifestó.

—Sí —convino Melitta—. Mi difunto hermano ya lo vaticinó hace mucho tiempo.

—¿Cómo? —preguntó Ockers.

—Te lo explicaré otro rato. —De pronto, Melitta se pasó una mano por la frente—. Estoy muy cansada —murmuró.

—Ray, volvamos a casa —dijo Cleo.

—Está bien. ¿Nancy?

—Sí, volvamos —contestó la morena.

Momentos después, el automóvil regresaba a la población a toda velocidad. Ockers paró el coche al hallarse delante de la casa de Nancy.

—Venga a verme cuando pueda, Ray.

—Iré, se lo prometo.

Nancy echó a andar hacia la casa. Ockers puso el coche de nuevo en marcha.

Cuando llegaban ya a la casa de la solterona, Melitta dijo:

—Ray, Cleo, será mejor que no lo digáis a nadie, pero estamos perdidos en el espacio.

CAPÍTULO III

El coche de la policía pasó rodando lentamente por la avenida.

—Se convoca a una reunión general en el Palacio de los Deportes —bramó el megáfono—. Lleven todos sus armas, pero tengan cuidado con los disparos involuntarios. La reunión empezará a las cinco en punto de la tarde.

La voz del policía se alejó. En la cocina, Ockers fregaba los cacharros del almuerzo.

Cleo apareció, con una bandeja en la mano.

—Mi tía está algo mejor —declaró.

—Lo celebro. ¿Ha dicho algo sobre lo que le contó su hermano?

Cleo movió la cabeza negativamente.

—No ha querido hablar —respondió.

Ockers le quitó la bandeja.

—Extraño, ¿no? —dijo, mientras ponía los cacharros en el fregadero.

—Nunca había visto a mi tía de esa manera —confesó Cleo—. Francamente, me siento muy preocupada.

—Animo, ella es muy valiente. Aunque ignoremos las causas, ella ha sufrido un rudo golpe, pero es de la clase de personas que saben sobreponerse a la adversidad. Por cierto, ¿conoció usted a su hermano? Es decir, tío suyo también.

—Sí, tío Silas era un tipo muy simpático y extrovertido, pero, al mismo tiempo, hacía experimentos que nadie fue capaz de comprender.

—¿Usted tampoco?

—Soy profesora de Arte en el colegio de Freeville, no tengo nada de científica —respondió Cleo.

Con las manos todavía en la pila, Ockers se volvió para mirar a la muchacha. Cleo, con su pelo corto, en melena de paje, la blusa y la faldita, ofrecía un aspecto realmente seductor.

—Tan joven —dijo.

Ella se ruborizó.

—Pronto cumpliré los veintitrés —declaró—. Además, son unos cursos muy elementales. No se necesita saber gran cosa de arte para enseñar en Freeville, pero me gusta.

—Lo celebro. Y volviendo a su tío, ¿hace mucho que murió?

—Un par de años. ¿Por qué lo pregunta?

—Mera curiosidad. ¿Vivía aquí, con Melitta?

—No. Los dos se llevaban muy bien, estando separados. Si permanecían juntos más de veinticuatro horas, parecían el perro y el

gato.

—Suele suceder —sonrió Ockers, mientras empezaba a secarse las manos—. Pero tío Silas vivía también en Freeville.

—Claro, en la casa de la bruja.

—Usted no siente simpatías hacia Nancy Guild —dijo él.

—Ninguna, a decir verdad —admitió Cleo secamente.

—¿Por qué?

—No se meta en mis asuntos. Y váyase de una vez de esta casa.

—Sí, señora.

Ockers abrió la puerta de la cocina. De pronto, Cleo corrió hacia él.

—Ray —llamó.

El joven se volvió.

—Dispénseme —rogó ella—. Estoy un poco nerviosa...

—Y mi fama es pésima —sonrió Ockers.

—Usted es joven, hombre. ¿Por qué se emborracha?

Ockers suspiró.

—A causa de un graviciclo que no funcionó —repuso.

—Un gravi...

—Sí, una bicicleta voladora.

—Pero ¿por qué una bicicleta y no un coche?

—Verá, había algunos que se burlaban de mis teorías y yo quise, a mi vez, burlarme de ellos. Aplicar la gravedad parcial a un automóvil habría resultado, tal vez, demasiado pomposo; la burla hubiera resultado completa de haber podido elevarme por los aires en una bicicleta. Pero fracasé.

—Y se dio a la bebida.

Ockers hizo una mueca.

—No siempre estoy empinando el codo —dijo.

—Claro, de cuando en cuando, tiene que llenar el vaso. Entonces, el antebrazo permanece horizontal —respondió ella cáusticamente.

Ockers salió. Cuando ya llegaba a la esquina, Cleo gritó:

—¡Cuidado con las fieras!

—No se preocupe. —Ockers se volvió para mirarla—. Sinceramente, creo que están tan asustadas como nosotros.

Cleo se quedó sola. La respuesta del joven penetró profundamente en su ánimo.

Un islote en el espacio...

¿Adónde iban?

Ockers pasó a la parte delantera y subió al coche de Melitta, pensando en tío Silas y en sus experimentos.

¿Qué clase de experimentos?, se preguntó.

Consultó los indicadores del vehículo. Movido por electricidad,

el manejo resultaba sencillísimo. La batería estaba a plena carga; podría rodar, a máxima velocidad, durante seis horas o más.

Pero no estaría fuera tanto tiempo.

Atravesó la ciudad sin prisas, para no incurrir en una infracción de las leyes sobre tráfico. La gente parecía volver un tanto a la normalidad, aunque había algunos corrillos en donde, supuso, se comentaba lo sucedido. Siguió adelante y, un cuarto de hora más tarde, llegó a la orilla del lago y a unos dos kilómetros al este del Silver Creek.

Ockers sabía que había allí un embarcadero, propiedad del club náutico de Freeville. En el club había toda clase de embarcaciones, de vela y de motor, éstas eléctricas, como todos los vehículos mecánicos.

Eligió una motora de cinco metros, desconectó el cable de carga, que se enrolló automáticamente y dio el contacto. Inmediatamente, arrancó con rumbo sur.

Las dimensiones del lago eran de unos veinte kilómetros de largo por doce de anchura. Ahora navegaba paralelamente al eje mayor, pero a los pocos kilómetros, redujo la velocidad al mínimo.

Bloqueó el timón. Abandonó el puesto del piloto y se puso de pie en la proa. Sí, estaba llegando a los nuevos límites del lago.

De pronto, dio un salto atrás, desbloqueó el timón y, acelerando, viró en redondo. Luego detuvo la motora.

El lago acababa a siete kilómetros de la orilla. No había caída de aguas, como hubiera sido lógico esperar; más bien parecía que un muro invisible, a modo de una presa, contenía la masa líquida. Pero Ockers no se atrevió a acercarse al borde.

Tenía miedo. Sus sospechas acababan de verse confirmadas.

Melitta Bussey había hablado de un islote en el espacio. Ockers había podido ver los bordes norte, junto a la casa de los MacTavish, y el oeste, a pocos kilómetros del río. Ahora tenía a la vista el borde sur, a unos treinta kilómetros del primero.

Era preciso ir hasta el borde este.

De este modo, conocería, siquiera fuese aproximadamente, las dimensiones de la isla espacial en que se había convertido Freeville y su contorno.

* * *

Cuando regresaba a la ciudad, poco antes de las cuatro, vio a Nancy en la puerta de su casa.

Ella agitó la mano. Ockers paró el coche.

—Tengo café y bocadillos —dijo la hermosa joven, cuando Ockers estuvo a su lado.

—Será un placer, señorita Guild —sonrió él.

—Creo haberle oído pronunciar mi nombre esta mañana, Ray.

—Sí, pero...

—No sea remilgado y entre. ¿Puedo saber de dónde viene?

—Sí. He calculado las dimensiones del islote.

Ockers contempló la casa, antigua, pero confortable. Nancy fue a la cocina y volvió a poco con una bandeja en la mano.

—Coma sin miedo —invitó.

—Gracias. Usted no siente antipatía hacia mí —dijo Ockers, con un bocadillo de jamón y lechuga en la mano.

—Curiosidad, Ray —confesó ella—. ¿Por qué un hombre de su categoría se ha convertido en un borrachín, despreciado por la mayoría?

—Por culpa de una bicicleta que no quiso volar. Usted dio en el clavo, al enunciar correctamente la fórmula de la gravedad parcial.

Las finas cejas de Nancy se alzaron.

—¿Una bicicleta que no quiso volar? —repitió.

Ockers le explicó sucintamente lo que había pasado. Ella rió de buena gana.

—No sabe cuánto lo lamento —dijo—. Pero ahora podrá conseguir que vuele.

—Si encuentro el motor...

—¿Cómo?

—Nancy, yo llegué a Freeville..., bueno, mejor será que no lo diga. El caso es que tiré el coche con toda la carga por un barranco. Sólo me quedé con una botella.

—Ya entiendo —dijo ella, pensativamente—. Le abatió el fracaso.

—Lo admito.

—Pero usted no parece un tipo débil precisamente.

—Eso creía yo, Nancy.

Ella le dirigió una honda mirada.

—Deje la bebida, Ray —aconsejó.

—Tendré que hacerlo. A la fuerza. —Ockers señaló .a bandeja—. Y usted, racione los alimentos.

—¿Qué quiere decir? —preguntó ella.

—Si estamos en una isla espacial, las reservas de víveres de Freeville se agotarán muy pronto. Hay una sola licorería y sus existencias desaparecerán también rápidamente. No lo vamos a pasar bien, aunque le ruego no lo divulgue. Cundiría el pánico, ¿sabe?

—Es cierto —murmuró Nancy.

Ockers tomó una taza de café.

—Bien, tengo que irme —manifestó.

—¿Asistirá a la reunión convocada por el alcalde?

—Desde luego. ¿Y usted?

Ella movió la cabeza negativamente.

—Me quedo —dijo.

Ockers se encaminó hacia la puerta. De pronto, recordó algo.

—¿Nancy?

—Dígame, Ray.

—Usted y Cleo..., parece que no hay demasiadas simpatías mutuas.

—Es cierto —sonrió ella.

—¿Le importa decirme las causas?

—Un hombre, Ray.

—Ah —murmuró él.

—Ese hombre no se merecía una chica como Cleo. Lo admito: yo lo aparté deliberadamente de su lado.

—¡Ca... ramba!

Nancy sonreía de una forma extraña.

—Aunque ella piense lo contrario, le hice un gran favor. Algún día, quizá, podré explicarle la verdad.

—Ojalá sea como dice, Nancy.

—Sí, pero no se lo cuente a ella.

—Soy discreto. Ah, ya volveré otro rato. Hemos de discutir eso de la gravedad parcial.

—Cuando gustes, Ray —le tuteó ella.

Ockers salió a la calle. Nancy le atraía de una manera extraordinaria. Pero, al mismo tiempo, cierto oscuro instinto le decía que aquella hermosa mujer no sería nunca para él.

CAPÍTULO IV

El Palacio de los Deportes estaba atestado de gente que hablaba, chillaba y murmuraba en todos los tonos posibles. Harrison, el jefe de policía, se desgañitaba inútilmente, tratando de conseguir un mínimo de orden y un máximo de silencio.

De pronto, agarró el megáfono.

—¡Callen de una vez, malditos loros!

El silencio se hizo casi instantáneamente. Cientos de ojos miraron furiosos a Harrison.

—El señor alcalde les va a dirigir la palabra —anunció el policía.

Había un pequeño estrado en uno de los lados del recinto. Varios hombres de mediana edad casi todos ellos se situaron tras la mesa presidencial.

El alcalde, Wade Hillbury, se puso en pie.

—Conciudadanos... —dijo pomposamente.

—¿Qué pasa aquí, Wade? —gritó uno.

—Si no me van a dejar hablar, me marcharé —protestó Hillbury.

—Pero si no has empezado todavía —rió otro.

—Lo que quiero decir es...

—Es que no sabes por dónde te andas, ¿verdad? Lo que está pasando, ¿no es un truco para ganar más votos?

—¡Silencio! —bramó Harrison.

—Pronto llegarán socorros —dijo el alcalde.

—¿De dónde? —quiso saber alguien.

—Pues..., de la capital...

—Estamos aislados. No funcionan las líneas telefónicas, ni telegráficas, ni la radio ni la televisión.

—Precisamente por eso, cuando se sepa nuestro aislamiento, el Gobierno enviará tropas a socorrernos.

—Con una banda de música y una cuadrilla de *majorettes,* ¿verdad?

Se oyeron algunas carcajadas. De pronto, alguien se levantó.

—Wade, ¿qué diablos ha pasado? ¿Por qué no lo dices claro de una vez? —exigió.

El alcalde, estimó Ockers, parecía abrumado.

—No lo sé... —confesó, casi sollozando—. Nuestra ciudad ha quedado aislada del mundo...

—Será mejor que todos lo sepan de una vez —intervino Ockers.

Y, apenas había hablado, se arrepintió de ello, pero ya no había remedio.

—Vaya, el borracho del pueblo —comentó un burlón.

—¿Tiene algo que decirnos, señor Ockers? —preguntó Hillbury.

—Sí. Estamos en una isla que viaja por el espacio.

Las palabras del joven provocaron un instante de profundo silencio. Luego, una mujer gritó:

—¡Ese tipo está loco!

—Una isla en el espacio… Se necesitan ganas de burlarse de nosotros.

—Arresta a ese beodo, policía.

—Fuera de aquí, borrachín.

Ockers aguantó impertérrito la tempestad de improperios que llovían sobre él de todas partes. Al cabo de un rato, los insultos amainaron.

—He dicho una isla en el espacio y no rectifico una sola letra —dijo serenamente—. Alguien ha arrancado un pedazo de la Tierra y lo ha enviado al cosmos, con todos nosotros, incluida la atmósfera correspondiente, que nos permite seguir viviendo.

—Sí, nos llevan los marcianos —se burló un chungón.

—No sé si serán marcianos o no, pero lo que sí puedo afirmar es que he recorrido la isla en sus dos ejes principales, de norte a sur y de este a oeste. Las dimensiones de este islote son de unos treinta kilómetros de largo por veinticinco de ancho y tres de grueso, aproximadamente…

Un hombre de mediana edad se levantó de pronto.

—Soy Fullerton, profesor de matemáticas —se presentó—. Si no me equivoco, sus cifras representan un cuerpo con un volumen de unos dos mil doscientos cincuenta kilómetros cúbicos.

—Aproximadamente, sí, profesor.

—Y teniendo en cuenta la densidad media de este fragmento desgajado de la Tierra, según usted, el peso equivaldría a más de nueve billones de toneladas, es decir, la cifra nueve, seguida de doce ceros.

—Exacto, profesor.

—Dígame, señor Ockers, ¿cree que hay en el mundo un motor capaz de levantar un peso de nueve billones de toneladas?

—¡Vaya fantasía! Ni en las películas —rió uno.

—No le creo, señor Ockers —declaró Fullerton, tajante.

—¿Puedo hacerle una pregunta, profesor? —preguntó el joven, cortésmente.

—Todas las que quiera, amigo mío.

—Gracias. Profesor, ¿ha visto o se ha enterado de la existencia de animales exóticos, que jamás se habían encontrado en esta comarca?

—Por supuesto, pero creemos que se han escapado de algún circo…

—¿Llevan los circos toros de lidia y cocodrilos, por ejemplo? ¿Hay águilas y buitres en sus jaulas?

Fullerton pareció sentirse desconcertado.

—He recorrido los campos —añadió Ockers—, y me he encontrado con un par de leones y una manada de lobos. Ninguno de esos animales me ha atacado.

—¿Por qué? Su instinto les diría, tal vez, que usted iba armado...

—No llevaba armas. Esas fieras están tan asustadas como nosotros. Su instinto, que usted acaba de evocar, les dice que se hallan en un aprieto. ¿Recuerda la Biblia, profesor?

—La leo casi a diario —contestó Fullerton orgullosamente.

—En tal caso, acuérdese del Diluvio Universal y de cierta arca en la que tuvieron cabida todos los animales, además de una familia humana.

Sobrevino un profundo silencio.

Todos los presentes acababan de comprender la alusión del joven.

Pero nadie tuvo tiempo de pronunciar una sola palabra. El marcador electrónico, donde se anunciaban los resultados y tanteos de las distintas competiciones, acababa de iluminarse bruscamente.

Una mano invisible trazó un mensaje perfectamente legible para todos los presentes:

«Son ustedes nuestros prisioneros, con todos los animales que hay en los contornos. Pórtense bien y no les sucederá nada. Nosotros nos encargaremos de alimentarles adecuadamente. En el momento oportuno, recibirán más instrucciones. Por ahora, deben continuar con su vida habitual, sin alteraciones.»

El mensaje permaneció en la pantalla el tiempo suficiente para que todos pudieran enterarse de su contenido. Luego, al cabo de un largo minuto, estalló un fenomenal griterío.

Las gentes acusaban al alcalde y a sus concejales de ineptitud y de desidia, incluyendo en el grupo a todos los policías y hasta los bomberos y el cuerpo sanitario. Era un atroz pandemónium, en donde todo el mundo gritaba y nadie se entendía con el vecino.

Sólo había acuerdo en una cosa: cada cual quería gritar más que el que estaba a su lado.

Pero nadie proponía soluciones sensatas y viables.

—Tal vez porque no las hay —murmuró Ockers, mientras, prudentemente, emprendía la retirada hacia la puerta del edificio.

De pronto, al salir, recordó algo. Enderezó el torso y puso rumbo a casa de Melitta Bussey.

* * *

Cleo salió a recibirle.

—Viene de la reunión —adivinó.

—Usted no ha ido —dijo él.

—Creí conveniente cuidar de mi tía. ¿Qué han resuelto?

—Debería haber estado allí. Si se lo cuento, me llamará mentiroso.

La chica escrutó el rostro de Ockers.

—Usted parece haber cambiado algo —observó.

—Sí, sobre todo, teniendo en cuenta que llevo casi doce horas sin probar un trago.

—Aquí, en casa, hay algunas botellas, Ray.

—Prefiero café. Es decir, si no le molesta.

—Haré un esfuerzo por soportarle. A cambio, usted me contará lo que ha pasado.

Cuando Ockers terminó de hablar, había consumido ya dos tazas de café y encendido su primer cigarrillo. En el rostro de la muchacha había un inequívoco gesto de incredulidad.

—Debe de tratarse de una broma —dijo.

—¿Broma? Cleo, yo llegué al borde norte, ese que queda a unos cuarenta metros de la casa de MacTavish. Me asomé y miré hacia abajo. Abajo hay, o había, las mismas nubes que arriba...

—Eso pasa cuando se está en la cima de una montaña. El cielo está despejado y el alpinista ve por encina la capa de nubes que sombrean el valle.

—Sí, cierto —convino Ockers—. Pero esas nubes que yo vi, se rasgaron un poco, algunos segundos tan sólo..., y vi el espacio, lo mismo que ahora se puede ver desde la ventana de esa cocina. Lo vi «abajo», no «arriba», ¿comprende? Pero todavía hay más. Vi la Tierra, alejándose de nosotros.

Cleo se quedó estupefacta. La intuición femenina le dijo que debía dar entero crédito a las palabras del visitante.

—Entonces..., ¿estamos secuestrados?

—Sin duda alguna, Cleo.

—Pero..., quienquiera que haya hecho eso..., ha necesitado unas máquinas potentísimas...

—Las tiene, es preciso admitirlo.

—¿Dónde están, Ray?

Ockers se encogió de hombros.

—No se me ocurre la menor idea al respecto —contestó.

—Aguarde un momento —pidió ella—. Usted ha dicho que este trozo de tierra, la isla en el Cosmos, pesa aproximadamente, nueve billones de toneladas, es decir nueve millones de millones. ¿Cómo se puede mover una masa semejante?

—Ah, si yo lo supiera —suspiró él.

—Ray, admitamos que se puede mover esa roca colosal en que ahora nos encontramos. De acuerdo, pero ¿cómo sigue la atmósfera con nosotros? ¿Cómo no ha escapado el aire al espacio? ¿Y las aguas del río y de lago?

—Cleo, usted me está pidiendo unas explicaciones que yo no puedo dar, al menos por el momento. Lo único que puedo hacer es, tratar de investigar, aunque carezco de medios y ni siquiera sé por dónde empezar. ¿Dónde diablos están los seres misteriosos que nos han raptado y nos transportan por el espacio a velocidades de vértigo?

—¿Está seguro de que es así? ¿No se tratará de algo accidental? Recuerdo que esta mañana se produjo una ligera sacudida, minutos antes de que Mickey cayera por la falla con su bicicleta. Tal vez ha sido un terremoto, que ha provocado ciertos efectos de distorsión visual…, pero si fuera como usted dice, la gravedad a que estaríamos sometidos sería infinitamente menor que te normal.

—Pudiera ser, pero… —De pronto, Ockers consulto su reloj—. Aguarde un momento. Son las siete y ya ha salido la Luna, que está a la mitad del plenilunio. Tiene que verse desde las ventanas de la sala.

Ockers echó a andar hacia la parte delantera de la casa. Ella le siguió presurosamente.

Incluso, para mayor seguridad, salieron al jardín.

El cielo estaba despejado, lleno de estrellas, pero no se veía la Luna.

—Increíble —dijo Cleo.

De pronto, Ockers vio a lo lejos un punto muy brillante, de mayor tamaño que la estrella más grande.

—Eso es…

—La Luna —exclamó ella.

—No. Si tuviera un telescopio…

—Arriba en el ático hay uno. Era de tío Silas y tiene A.T.M. incorporado.

—¿Astrotelémetro?

—Sí, Ray.

—No perdamos más tiempo, Cleo.

Los dos jóvenes echaron a correr escaleras arriba. El telescopio se hallaba en perfectas condiciones, aunque era necesario conectarlo a la corriente para el buen funcionamiento del medidor de distancias.

Sacaron el telescopio a la terraza exterior. Ockers enfocó el aparato, que era de unos ciento veinte aumentos, al diminuto disco brillante, que no se podía confundir con una estrella. Luego presionó el mando del A.T.M.

La imagen, nítida en un principio, se tornó borrosa. Ockers manejó el mando focal. El astro estaba ahora ciento veinte veces más cerca.

En la parte inferior de la pantalla aparecieron unas cifras.

—Siete coma sesenta y dos —anunció.

—Siete millones seiscientos veinte mil kilómetros —dijo Cleo—. ¡La Luna se ha quedado muy atrás! —chilló.

Ockers se separó del aparato.

—Mire bien, Cleo, y procure no desmayarse. Eso que vemos no es la Luna, sino Júpiter.

—¡Pero Júpiter está a más de seiscientos millones de la Tierra!

—Es que nosotros no estamos ya en la Tierra.

Cleo sintió una especie de vahído. Luego, recuperándose, aplicó el ojo al telescopio.

—Dios mío —musitó—. Sí, es Júpiter. Puedo distinguir sus bandas, la gran mancha roja...

—Y hasta algunos de sus satélites —dijo él sombríamente.

Ella se enderezó.

—El «despegue», si se puede llamar así, ha tenido lugar alrededor de las siete de la mañana. Ahora son las siete y algunos minutos. En doce horas...

—Hemos recorrido esos seiscientos millones de kilómetros, Cleo.

—Siento vértigo, Ray.

—No me extraña, pero esto confirma no sólo mis teorías, sino el mensaje que los desconocidos escribieron en el marcador del Palacio de los Deportes.

Tambaleándose, Cleo entró en la casa.

—Estamos volando por el espacio... ¿Hacia dónde. Ray? —dijo, casi ahogándose.

Ockers miró a su alrededor. No tardó en descubrir lo que buscaba.

—Creo que ambos necesitamos una copita —dijo.

Ella asintió.

—Si no la tomo, me desmayaré —convino—. Pero ¿por qué nos han elegido *precisamente* a nosotros?

—Lo ignoro. Sólo puedo decirle una cosa y es que además de las personas, hay en estos setecientos cincuenta kilómetros cuadrados de superficie una gran cantidad de animales que antes no existían en estas comarcas. Lo cual significa que el islote cósmico en que nos hallamos es una especie de Arca de Noé del espacio.

Cleo apuró la copa de un trago.

—Ahora le comprendo a usted, Ray —dijo.

—Sí, pero el alcohol no resolvió ninguno de mis problemas. No se emborrache, se lo aconsejo; mañana se encontraría igual que hoy. A propósito, quiero hablar con Melitta.

—No podrá. Duerme, le di un sedante, a petición propia —contestó ella.

—Melitta sabe algo. ¿Le ha dado alguna explicación?

—No. Temo que habremos de aguardar hasta mañana, Ray.

Ockers dejó la copa mediada a un lado y volvió a acercarse a una de las ventanas. La Luna debería estar allí, en lo alto de aquel cielo completamente negro, salvo los inmóviles chispazos de las estrellas.

Pero ni siquiera se veía ya Júpiter, lo cual significaba que habían rebasado la órbita del gigante del sistema solar.

—Cleo —dijo de pronto—, he estado hablando con Nancy Guild.

—Ah, la bruja...

—Que le quitó el novio.

—Se lo ha dicho, ¿eh?

—Sí, añadiendo, de paso, que ese hombre no se la merecía a usted.

—¿Y quién es ella para decidir si un hombre me conviene o no? —protestó Cleo, muy sulfurada.

—Simplemente, repito lo que me han dicho —insistió Ockers—. De todos modos, ya conoce la situación. Ahora voy a ver a Nancy; sospecho que ella puede saber algo sobre este tema.

—Que le aproveche —dijo Cleo sardónicamente.

Ockers abrió la puerta. Un olor muy tenue, pero absolutamente desconocido, llegó en el acto a sus fosas nasales.

Era muy agradable y daba gusto respirar aquella atmósfera. Ockers inspiró a pleno pulmón.

De pronto, sintió una extraña debilidad. Dio unos pasos vacilantes y empezó a caer.

Vagamente, oyó un chillido de Cleo, pero cuando tocó el suelo, estaba ya completamente dormido.

Cleo se durmió también, con el tiempo justo para alcanzar un diván.

Y todos los habitantes de Freeville se durmieron en aquel mismo momento.

CAPÍTULO V

Ockers se sentó en el suelo, estiró los brazos, bostezó aparatosamente y luego, guiñando un ojo, miró al cielo.

—Anoche la pesqué buena —dijo.

De pronto, recordó que no había bebido. Aquel extraño aroma...

De un salto, se puso en pie. Miró a sus espaldas.

La puerta de la casa estaba abierta. Entró.

Cleo dormía en un diván. Ockers tocó su brazo.

—Eh, despierte, despierte.

Ella abrió los ojos.

—Me quedé dormida como una tonta —sonrió.

—Nos durmieron a los dos —dijo él.

Cleo se sentó de golpe.

—¿Otra vez sus bromas estúpidas, borrachín? —gritó.

—Cleo, recuerde lo que pasa en Freeville —dijo Ockers, sin mostrarse enojado por el insulto.

Hubo un instante de silencio. De pronto, Cleo se pasó una mano por la frente.

—Dispénseme, no sé lo que digo...

—Ha pasado la noche durmiendo en el diván. Yo he dormido en el patio. Y esta vez, se lo aseguro, no ha sido a causa de una borrachera. Simplemente, los extraños, por llamarlos de algún modo, durmieron a toda la población.

—Entonces, somos sus prisioneros, Ray.

—Desgraciadamente, así es. ¿Recuerda lo de la Luna en plenilunio y Júpiter a menos de ocho millones de kilómetros de distancia?

Cleo extendió una mano para buscar el apoyo del respaldo de un sillón, en el que se sentó a continuación.

—Entonces, ¿dónde estamos ahora? —gimió.

—Pues..., si seguimos a la misma velocidad, a unos mil cuatrocientos millones de kilómetros de la Tierra, ¿aunque yo opino que más lejos, ya que es muy posible que esa velocidad se haya incrementado más todavía, mediante una aceleración gradual, que puede llevarnos a cifras inconcebibles.

—Eso no puede ser, Ray —dijo Cleo.

—¿Por qué?

Ella extendió un brazo.

—Mire hacia el jardín. Luce un sol espléndido. Tendría que haber penumbra, si estuviésemos a esa distancia..., y reinaría un frío espantoso, pero no es así. La temperatura es normal, agradable...

—Sigo en mis trece —contestó él—. Creo en las cosas que me

dicen otros, siempre que me ofrezcan pruebas razonables, pero creo mucho más en lo que yo mismo veo. Hay luz y calor, pero esto forma también parte del plan. No sé cómo lo consiguen, Cleo; sin embargo, para unos seres tan adelantados, resultaría ilógico llevarnos a través del espacio en unas condiciones que hicieran imposiblemente la supervivencia.

—¿Un sol artificial?

—Llámelo como quiera, pero hay algo allá arriba que nos da luz y nos calienta, aun habiendo rebasado de largo la órbita de Júpiter. Y, a propósito, ¿por qué no sube a ver cómo está Melitta? Luego puede darse un baño y yo prepararé el desayuno mientras tanto, ¿eh?

Cleo se puso en pie, algo más animada.

—La verdad, Ray, parece usted otro —sonrió.

—En la vida de toda persona se producen, a veces, baches, que no resultan fáciles de salvar —dijo él, filósofo.

—Pero puede intentarlo.

—No tendré otro remedio, Cleo.

De pronto, se oyó un fuerte murmullo en el exterior.

Ockers y la chica corrieron hacia una de las ventanas de la sala. Con enorme asombro, vieron un grupo de personas, agolpadas en torno a algo, fuera del jardín, pero sobre la acera de la calle.

* * *

Inmediatamente, se sintieron atraídos por la curiosidad y salieron de la casa. El grupo de gente no era demasiado denso; habría una docena de hombres y mujeres, más un par de chiquillos. Todos ellos se habían congregado en torno a una gruesa columna, de casi dos metros de diámetro, por otro tanto de altura.

La columna era de color amarillo vivo y estaba rematada en una semiesfera de vivo color rojo. A cosa de ciento sesenta centímetros del suelo, Ockers, estupefacto, divisó un cartel:

> *«Para alimentarse, presione cada uno los cinco puntitos rojos que se ven a la izquierda de esta inscripción, al mismo tiempo que aprieta el botón negro situado a la derecha. Los puntos rojos son identificadores, de modo que cada persona no pueda tomar más de una ración por día, la cual, por otra parte, será suficiente para su alimentación completa en todos los aspectos. La máquina no*

> *funcionará sin los requisitos citados y todo intento de repetir será inútil. Para caso de personas enfermas o imposibilitadas de desplazarse, utilícense las columnas distribuidoras situadas frente al Ayuntamiento.»*

—Cielo, nos van a dar de comer gratis —exclamó Cleo.

—Hombre, eso de vivir sin trabajar tampoco está mal del todo —comentó un tipo de buen humor.

—¡Les aseguro que yo no comeré de esa porquería! —dijo un ama de casa—. A mí me gusta comer lo que guiso yo misma...

—Ethel, ¿qué comerás cuando el frigorífico esté vacío? —le preguntó su esposo.

—Iré al supermercado...

—Allí se acabarán también los víveres.

—Pero ¿qué hacen en la capital? —gritó uno—. ¿Por qué no envían tropas a socorrernos? ¿Para qué diablos pagamos los impuestos?

Ockers se abrió paso entre la gente.

—Permítanme —dijo—. Tengo hambre, ¿saben?

Los circunstantes le miraron con curiosidad. Ockers puso las yemas de los cinco dedos de la mano izquierda en los puntos rojos y apretó el botón negro con el pulgar derecho.

Se oyó un leve chasquido. Una ventana se abrió en el poste y apareció una especie de taza, bastante grande, llena de una pasta muy espesa, de color gris verdoso.

—Mi ración de hoy —sonrió Ockers, mientras se apoderaba de la taza. Metió el dedo índice, sacó un poco de pasta y chupó apreciativamente—. Mmm..., pues no sabe tan mal —añadió, segundos más tarde.

—Yo también voy a desayunar —dijo otro.

—Recuerde, es la ración para todo el día —avisó el joven.

—Pero ¿qué pasará si me la como ahora?

—Probablemente, le saciará el apetito durante veinticuatro horas.

—Eso tampoco está nada mal —convino el sujeto.

Y avanzó hacia la máquina, pero una mujer chilló de súbito:

—¡Nick, te prohíbo que toques esa máquina infernal!

—¡Sí, es un instrumento demoníaco! —chilló un individuo.

De pronto, alguien llegó con una escopeta en las manos.

—¡Apártense, voy a destruir esa máquina construida por Satanás!

Levantó el arma y apretó los dos gatillos a un tiempo, mientras

la pequeña multitud se dispersaba precipitadamente. Ockers tiró de Cleo hacia atrás, en el momento en que sonaban los estampidos.

Pero, al mismo tiempo, un delgado rayo de luz salió de la parte superior del poste y alcanzó la escopeta, haciéndola estallar con tremendo ruido. La cabeza del osado voló en mil pedazos por los aires, despidiendo chorros de sangre por todas partes, en medio del horror y el espanto de los espectadores.

El individuo, prácticamente decapitado, rodó por tierra. Después del trueno de las explosiones, se hizo un silencio impregnado de pavor.

Entonces, una voz misteriosa salió de la máquina:

—No intenten alterar las instrucciones bajo ningún pretexto. Cualquier desobediencia a nuestras órdenes será severamente castigada.

Ockers se dio cuenta entonces de que aún tenía en las manos el tazón con la pasta alimenticia. Sintió deseos de arrojarlo, pero se contuvo.

Tenía el presentimiento que, dentro de muy poco, no tendrían otra comida que la suministrada por aquellos seres extraños, en cuyo poder se hallaban irremisiblemente.

Era un poder fantástico, merced al cual viajaban por el espacio hacia un destino absolutamente desconocido.

—Cleo, regresemos a casa —indicó suavemente.

Ella asintió. Ya no se podía hacer nada por el desgraciado que había querido destruir a tiros el poste alimenticio.

—Nos hemos olvidado de tía Melitta —exclamó de pronto.

—Suba a verla —dijo él.

Cleo ascendió corriendo por las escaleras. Unos segundos más tarde, se asomó a la barandilla.

—Aún está dormida, Ray.

—Entonces, déjela; a su edad, eso resulta siempre muy conveniente. Con su permiso, yo tengo que salir.

—¿Adónde va, Ray?

Ockers sonrió maliciosamente.

—A la casa de la bruja, como dice usted —respondió—. Y, a propósito, ¿quién era el guapo mozo que, según Nancy, no le convenía para marido?

—Se llama Edgar Bruden —dijo Cleo, muy estirada.

—¿Vive en Freeville?

—Hace tiempo que no sé nada de él. Dispénseme, voy a bañarme —fue la seca respuesta que recibió el joven.

* * *

Nancy Guild salió a la puerta de su casa, ataviada con un traje negro, de una sola pieza, que ponía de relieve la esplendidez de sus formas anatómicas. Tenía el pelo peinado hacia atrás, muy tirante, y en su hermoso rostro no había la menor sombra de maquillaje.

—Hola, Ray —sonrió—. ¿Cómo van las cosas por ahí?

Ockers se volvió y señaló hacia un poste alimenticio, situado a unos ciento cincuenta metros, frente al cual había una cola formada por una veintena de personas.

—Ya puedes ver —dijo—. ¿Tienes ya tu ración de hoy?

—Todavía no. Iré más tarde. ¿Quieres pasar?

—Gracias.

—Tengo algo de café, Ray.

—Aceptaré una taza encantado. Pero me parece que esto no durará mucho.

—Yo también soy de la misma opinión. Estamos prisioneros…

—Sí, pero ¿de quién?

—La respuesta sólo puede ser una: se trata de una raza altamente civilizada, que nos lleva a su sistema planetario, para tenernos allí, como una muestra de la población terrestre, incluyendo, lógicamente, animales y vegetales.

—Un arca de Noé del espacio —dijo él, mientras caminaban hacia la cocina.

—Por una parte, la frase es muy apropiada. Pero por otra, conviene pensar en las antiguas expediciones que los hombres civilizados realizaban a países salvajes, para llevarse animales vivos a los zoológicos…, y también muestras de vegetales, que eran trasplantados a jardines botánicos, para su aclimatación y, en ocasiones, para su reproducción y utilización en zonas donde antes eran desconocidos.

Ockers alargó una taza y Nancy la llenó.

—Una comparación enteramente acertada —admitió—. Y estamos en el mismo caso de las fieras capturadas, que desconocían su destino, hasta que se encontraban en un parque zoológico.

Tomó un sorbo.

—Pero levantar en el espacio un bloque de nueve billones de toneladas no es una labor demasiado fácil, aun contando con los adelantos de esos seres que nos han capturado. Esto es algo que debe de haber sido preparado durante largos años, ¿no te parece?

—Sí, creo que así ha tenido que ser —concordó Nancy.

—Aún hay más… —Ockers explicó lo que habían visto él y Cleo la noche pasada—. Por tanto, este sol que tenemos en el cielo es artificial —añadió.

—Puede ser una potente fuente de luz y calor, suspendida en el espacio, a la altura conveniente para dar la sensación de que sigue

siendo nuestro Sol —dijo ella.

—Es la única explicación viable, en efecto. Pero todavía hay más.

—Dime, Ray.

—Para mover este enorme bloque de materia, se necesitan unas máquinas potentísimas. ¿Dónde están, Nancy?

Ella se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea —respondió.

—Será cosa de investigar, discretamente, por supuesto —murmuró Ockers—. Pero, mientras tanto, ¿por qué no hablamos un poco más sobre la gravedad parcial? Tú pareces bien enterada…

De pronto, se oyó una voz en el salón:

—¿Hay alguien en la casa?

—¡Edgar! —exclamó Nancy.

—¿Bruden? —murmuró él.

—Sí.

Un hombre, todavía joven, de unos treinta y cinco años, apareció en la puerta de la cocina. Era de buena estatura, apuesto, pero de rostro duro y poco simpático.

—Edgar, te presento a Ray Ockers. Ray, éste es Edgar Bruden —dijo Nancy.

—¿Qué tal? —saludó Ockers.

Bruden le miró largamente.

—He venido a hablar a solas contigo, Nancy —declaró.

Ockers dejó su taza sobre la mesa.

—Ya me iba —sonrió—. Ahorra el café, Nancy.

—Sí, Ray. Vuelve cuando gustes.

—No vuelva más por aquí, Ockers —dijo Bruden cortantemente.

Los dos hombres se contemplaron en silencio durante un segundo. Luego, Ockers, con exquisita cortesía, respondió:

—Si ella lo quiere, volveré. Adiós, Nancy.

—Hasta luego, Ray.

Esta vez, Bruden no dijo nada. Ockers pasó por su lado y se encaminó hacia la salida.

Extrañamente, se sintió muy aliviado al verse fuera de la casa.

CAPÍTULO VI

—Nancy tenía razón: Edgar no es el hombre que le conviene a usted, Cleo —dijo Ockers.

—¿Cómo lo sabe? —se sorprendió ella.

—He hablado con él…

—A Nancy sí le conviene, ¿verdad?

—Eso es algo que pienso aclarar, aunque en otro momento. ¿Cómo está su tía?

—Bien, mejor…

—Voy a verla.

Y antes de que Cleo pudiera objetar nada, Ockers subió al piso superior y llamó a la puerta de la habitación de la anciana.

—¡Adelante! —dijo Melitta.

Ockers abrió la puerta y sonrió.

—Quería haberle traído unas flores, pero me ha sido imposible; la floristería está cerrada.

—Oh, vamos, no seas adulador —sonrió miss Bussey.

—Hablo en serio, Melitta.

—Los hombres sois todos iguales. ¿Cómo te encuentras, Ray?

—Bien, desde que he dejado de beber.

—Te convenía, muchacho, pero yo no quise decirte nunca nada; eso es algo que debías verlo tú mismo.

—Sí —convino él con un suspiro, mientras se sentaba en una de las esquinas de la cama—. Melitta, hábleme de su hermano Silas, por favor.

Ella entornó los ojos.

—Tenía un cerebro privilegiado, aunque nunca entendí muy bien sus experimentos —dijo.

—Bueno, dígame lo que sepa de él y de sus trabajos.

—Se referían a algo sobre…, la gravedad, no me preguntes más. Bueno, si acaso te diré que tenía el laboratorio en la casa de la colina, y también sé que se hizo construir un segundo sótano, debajo del primero, aunque yo no estuve allí jamás. Pero a mí no me gustó nunca lo que hacía.

—¿Por qué?

—Me parecía que era contrariar los designios divinos. Ray, muchacho, Dios puso a los planetas en su sitio. ¿Por qué intentar moverlos?

Ockers dio un respingo.

—¿Cómo? ¿Quería tío Silas mover la Tierra? —exclamó.

—Eso es lo que decía, aunque más bien pienso que se trataba de

una metáfora. Como la de Arquímedes.

—Sí. «Dadme una palanca y un punto de apoyo, y moveré la Tierra» —recitó Ockers—. Al menos, alguien ha movido un buen pedazo del planeta… ¿Tío Silas?

—No, murió hace ocho meses.

—¿Seguro?

—Sí. Fui a su entierro.

—Lo siento, Melitta. ¿Qué fue de los papeles y documentos que, sin duda, tenía su hermano?

—No encontramos nada importante en la casa. Todo debía de estar, supongo, en el segundo sótano.

—Y allí seguirá.

—Indudablemente. Lo malo es que nadie sabe dónde está la entrada a ese sótano.

—¿Cómo? ¿No se lo dijo a usted siquiera?

—No, ni me interesé por ello. Ya te he dicho que sus experimentos me parecían cosa del diablo.

—Bien, en Freeville debe de haber alguien que lo sepa —sonrió el joven.

—¿Quién, Ray?

—Los que construyeron el sótano…

—Eran forasteros y se marcharon apenas terminaron su tarea. Silas los trajo de muy lejos.

Ockers torció el gesto. La contrariedad era muy grande…, pero, si se esforzaba un poco, acabaría por encontrar la entrada a aquel sótano misterioso en donde, tal vez, podría hallar la solución precisa que le permitiría invertir el sentido de marcha del pedazo de Tierra que viajaba hacia lo desconocido.

Se puso en pie, tomó una de las manos de la anciana y la palmeó suavemente.

—Descanse y no se preocupe. Todo se arreglará —dijo persuasivamente.

Melitta sonrió. Luego cerró los ojos.

Ockers bajó al salón.

—¿Qué le ha dicho? —preguntó Cleo.

—Algo muy interesante. Por cierto, ¿cómo fue a parar Nancy a casa del tío Silas?

—Tía Melitta la puso en alquiler. Ella vino, dijo que iba a vivir allí…, y eso es todo.

—¿Vivía antes en Freeville?

—No.

—Entonces, ¿de dónde vino?

—¿Por qué no se lo pregunta a ella? —respondió Cleo, con acento claramente irritado.

—Sí, lo haré. En cuanto se haya marchado Edgar —sonrió él—. ¿Qué tal la pasta alimenticia que nos dan nuestros secuestradores?

—Algo insípida, pero perfectamente tolerable.

Ockers meneó la cabeza.

—Tendremos que despedirnos de los gratos sabores de antaño: pavo asado, filete sangrante, patatas fritas, pastel de manzana... ¿Quiere venir a darse un paseo conmigo?

Cleo enarcó las cejas.

—Tengo que cuidar de mi tía —alegó.

—Melitta está bien. Vamos, no sea..., rencorosa.

Cleo acabó por sonreír.

—Quizá tenga que dar la razón a Nancy —dijo.

—Es lo más seguro —contestó él con acento intrascendente.

* * *

La cortadura se extendía recta, impresionantemente, a derecha e izquierda de la pareja, situados ambos en el borde. Hacia abajo, el espectáculo era aterrador, pero, al mismo tiempo, morbosamente atractivo.

Aquel colosal bloque de tierra flotaba envuelto en nubes, aunque éstas abundaban especialmente en la parte inferior, lo que impedía ver más allá de los dos mil quinientos metros de distancia. En cambio, arriba, las nubes eran mucho menos espesas y se veía el cielo azul y resplandeciente.

—Todo eso es una ilusión óptica —dijo Ockers.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Cleo.

—Modernamente, las fieras, en el zoo, están en zonas que tratan de imitar lo mejor posible el hábitat en que se movían antes de su captura. Recuerde, incluso, esos grandes parques naturales, donde los animales salvajes se mueven con absoluta libertad..., incluso los parques zoológicos turísticos. ¿Por qué no iban a hacer lo mismo con nosotros?

—¿Usted cree?

—Freeville tiene una población de dos mil habitantes, aproximadamente. Disponemos de setecientos cincuenta kilómetros cuadrados de superficie, con algunas montañas, llanuras, bosques, prados, un río, algunos arroyos, un pedazo de lago... Para dos mil personas es más que suficiente, ¿no le parece?

Ella se estremeció.

—Es decir, estamos condenados a vivir aquí para siempre —murmuró.

—A menos que encontremos el modo de hacer regresar a esta isla al sitio de donde nunca debió moverse.

—Lo cual estimo es imposible.

—Nunca se sabe...

De pronto, Ockers sacó un pie fuera del borde.

—¡No lo haga! —chilló Cleo.

Ockers permaneció inmóvil un instante. Luego, de pronto, se descolgó del borde con las dos manos.

—Cuidado, Ray, por favor —dijo ella, muy aprensiva.

Ockers tenía la expresión concentrada. Bajó un par de metros más y, de súbito, soltó las dos manos del saliente a que estaban asidas.

Cleo lanzó otro chillido. Pero un segundo después, atónita, observó que Ockers permanecía inmóvil en el mismo sitio.

Ockers rompió a reír.

—Me lo suponía —dijo.

Y, de pronto, se puso en pie.

Cleo creía soñar.

Ella estaba al borde de una pared vertical.

Pero aquella pared *era suelo* para el joven.

Ockers se mantenía erguido con toda naturalidad. Su cuerpo formaba ángulo recto con respecto a la posición ocupada por la chica.

Movió una mano.

—Venga, Cleo, atrévase —invitó.

Ella dudó un momento. Luego repitió las operaciones que Ockers había realizado segundos antes.

Cuando estaba colgada de la pared, notó que, en realidad, estaba tumbada. Dominando sus aprensiones, ayudándose con las manos y las rodillas, se puso en pie.

Maravillada, se volvió hacia Ockers.

—Fantástico —dijo.

El volvió a reír.

—Sí —concordó—. Y esto confirma aún más mis suposiciones.

—Explíquese, Ray —pidió ella.

—Es bien sencillo: en alguna parte, hay una maquinaria potentísima, que no sólo transporta esta isla a través del espacio, sino que proporciona la fuerza de gravedad necesaria para mantenernos en la normalidad y hacer que el aire y las aguas sigan en sus sitios con toda normalidad. Ahora bien, pienso que esta gravedad, artificial, por supuesto, tiene unas características especiales ya que, a cuatro metros del borde, como puede apreciar, estamos en posición perpendicular a las personas que viven en Freeville.

—Es decir, se trata de una gravedad..., que actúa..., actúa...

—Podría decirse crucialmente, esto es, en cruz, mientras que en la Tierra, esférica, actúa radialmente, desde el centro del planeta.

De pronto, Ockers se dio una palmada en la frente.

—Si no hubiera lanzado mi coche al barranco... —exclamó,

enojado consigo mismo.

—¿Qué había en su coche? —preguntó Cleo.

—Entre otras cosas, un medidor de campos gravitatorios, que había construido yo mismo. Es un aparato muy especial y no creo que encontremos ninguno en Freeville.

—¿Piensa que puede necesitar ese aparato?

—Sí —contestó él—. Si lo tuviera..., podría localizar el punto exacto donde se encuentra la maquinaria que mueve esta isla espacial.

—Y..., ¿qué haría en tal caso?

Ockers miró fijamente a la muchacha.

—Volver a la Tierra —respondió.

Ella le devolvió la mirada. Ockers sonrió de pronto.

—¿Quiere seguir adelante o prefiere volver? —consultó.

—¿Qué pasará si continuamos? —quiso saber ella.

—No lo sé. Podríamos intentar averiguarlo, ¿no le parece?

—Ray, en confianza, tengo miedo.

—Entonces, no se hable más. Lo haremos en otro momento.

Caminaron hacia el borde. De pronto, al poner el pie en el final de la pared, Cleo lanzó un agudo chillido y se tapó los ojos.

—¡No, no quiero verlo!

Ockers miró «hacia abajo».

Era curioso. Ahora le parecía ver la población desde arriba, en posición vertical. Las personas se movían perpendicularmente a ellos. Un automóvil que se alejaba parecía caer al abismo. Otro se acercaba a la casa de los McTavish y daba la sensación de ascender.

Para tranquilizar a Cleo, tomó su mano.

—Es sólo un saltito —dijo.

Lo dieron. Cleo abrió los ojos al verse nuevamente en la superficie del islote.

—Me parece un sueño...

—Cosas de la gravedad —sonrió Ockers—. Volvamos a casa.

Cuando llegaron, se encontraron a Melitta en pie, trasteando en la cocina.

—¡He probado la comida que nos obligan a tomar! —protestó la solterona—. Es sencillamente horrible —calificó.

—Melitta, temo que durante mucho tiempo va a ser nuestro único alimento —dijo Ockers gravemente.

—¿Quieres decir que..., nunca volveremos ya a la Tierra?

—A menos que encontremos la forma de cambiar el rumbo que sigue esta isla espacial, no.

—Pues mira, no me disgustaría conocer a gentes de otros planetas —dijo Melitta sorprendentemente.

Ockers no quiso añadir nada, para no desilusionarla. Pero la realidad era que, si conocían a gentes de otros planetas, sería un

conocimiento similar al de las fieras respecto de los humanos que las habían encerrado en un zoo.

CAPÍTULO VII

El coche policial se detuvo ante la casa de miss Bussey. Harrison, el jefe, se apeó y llamó a la puerta.

Cleo abrió.

—Hola, jefe —saludó—. ¿Puedo serle útil en algo?

—Busco al borrachín. Le llama el alcalde.

—Llámele señor Ockers —dijo Cleo.

—Dispénseme, señorita...

Ockers apareció en aquel momento.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—El alcalde ha convocado a una reunión de personas..., notables, para ver dé resolver ciertos problemas. Usted dijo cosas interesantes el otro día. El alcalde estima útil conocer sus opiniones.

—Está bien. —Ockers tenía en la mano un cuaderno y un lápiz, con los que había trabajado hasta aquellos momentos—. Con su permiso, Cleo.

—Venga a verme en cuanto concluya la reunión —solicitó ella.

—Descuide.

Minutos más tarde, Ockers entraba en el despacho del alcalde. Con gran sorpresa por su parte, vio a Edgar Bruden entre los congregados.

—Siéntese, señor Ockers —invitó Hillbury—. Vamos a discutir la situación en que nos encontramos. Todos los presentes, por descontado, podrán exponer libremente sus opiniones, aunque debo decirles que, por el momento, no se adoptará ninguna decisión vinculante. ¿Entendido?

Una docena de cabezas asintieron al unísono. La secretaria del alcalde pasó, repartiendo vasos de papel con café.

—No hay nada que discutir —dijo Bruden secamente—. Estamos prisioneros de los extraterrestres. Debemos hacer lo que ellos nos ordenen, eso es todo.

—De acuerdo —habló el profesor Fullerton—. Pero ¿dónde están esos seres misteriosos?

—Escondidos en alguna parte...

—Quizá entre nosotros mismos —apuntó Ockers.

Todos se volvieron a mirarle.

—¿Cómo puede decir tal cosa? —exclamó Bruden agriamente—. Están escondidos, no pueden dejarse ver.

—¿Qué le hace suponer una cosa así?

—Bueno, recibimos un mensaje... Todo esto ha costado muchos años de preparación, en secreto... Simplemente, no tienen por qué

dejarse ver.

—A lo mejor los estamos viendo a diario y no sabemos que son ellos los que nos han secuestrado —dijo Ockers.

—¿Quiere decir que algunos vecinos de Freeville son extraterrestres? —exclamó el alcalde, horrorizado.

—Apunto una posibilidad, señor; no hago una afirmación rotunda.

—Lo que usted dice es imposible, señor Ockers —intervino el jefe de policía.

—¿Por qué, señor Harrison?

—Verá..., por mi cargo conozco bien a los habitantes de Freeville, incluyéndole a usted..., y no creo que ninguno de ellos sea un extraterrestre.

Ockers sonrió.

—Antiguamente, había espías y vivían como los naturales del país del que pretendían obtener informes —dijo.

Hillbury parpadeó.

—Es una posibilidad digna de tenerse en cuenta —admitió.

—Sí, pero todos llevan mucho tiempo viviendo aquí… —alegó el jefe de policía.

—Señor Harrison, ¿cree que lo que pasa es el efecto de una labor de veinticuatro horas, como, por ejemplo, construir una casa prefabricada? Aun para una obra semejante, se necesitan algunas semanas en los planos, en la traída de aguas, conducciones de electricidad.

A veces, pasan años antes de que se construya en ese trozo de terreno, pero cuando alguien lo hace, levantar la casa prefabricada es cuestión de pocas horas. Luego, en unos minutos, se conectan el agua y la luz...

—¿Y quién lleva viviendo aquí años, sin que se sepa que procede de otro mundo? —intervino Fullerton.

Ockers se encogió de hombros.

—No lo sé, aunque puedo decirles una cosa: tenemos aire suficiente y luz y calor durante el día, pero los períodos nocturnos son los mismos que cuando Freeville se hallaba en la Tierra. También disponemos de energía eléctrica abundante y barata y los videófonos funcionan normalmente en la ciudad y en las residencias de los alrededores. En cambio, es lógico, estamos incomunicados con la Tierra.

—Me pregunto si allá abajo se darían cuenta de que éramos secuestrados —dijo Bruden.

—Ese es un problema que no tiene mucho interés, por el momento. El verdadero interés estriba en saber si un día podremos llegar al lugar donde está la maquinaria que, ténganlo bien en cuenta,

no sólo ha movido este bloque de nueve billones de toneladas, sino que también nos proporciona energía eléctrica, luz, calor y aire respirable. Sin contar la comida, claro.

—Para mí, hay algo que me hace dudar de cuanto dicen ustedes —habló de repente un sujeto de mediana edad, calvo y con nariz ganchuda—. Y es, precisamente, parte de lo que ha mencionado el señor Ockers.

—¿Sí? —dijo el aludido. Aquel calvo de nariz ganchuda era Richard Temple, juez de Freeville, con ambiciones políticas.

—Sí. La luz y el calor..., que provienen del Sol. Si nos han secuestrado, si estamos ya fuera del sistema solar, ¿cómo seguimos viendo a esa estrella que ha alumbrado a la Tierra desde hace millones de años?

—No es una estrella, Señoría, sino una lámpara artificial, de enorme potencia, suspendida a miles de metros de altura.

—Por una columna, claro —rió Bruden.

—Puede hacerse, si se conoce bien cómo dominar la gravedad; y no cabe la menor duda de que los extraterrestres lo saben. Pero voy a demostrarles prácticamente que lo que acabo de decir es la verdad.

Ockers se puso en pie y caminó hacia uno de los ventanales del salón, desde el que se veía la plaza. Delante del edificio del Ayuntamiento, en un espacio ajardinado, con abundante césped, había dos enormes cedros, plantados allí hacía ya muchísimos años.

—Caballeros, fíjense en las sombras de esos cedros. Fíjense también en las sombras de todos los árboles que hay en la ciudad y en el contorno. Son sombras que no se mueven en absoluto, que no giran en sentido opuesto al Sol, a medida que la Tierra da vueltas sobre sí misma. Tomen nota de este detalle, el que no lo haya advertido ya..., y comprenderán de este modo la absoluta realidad de cuanto nos sucede —concluyó Ockers dramáticamente.

* * *

Nancy abrió la puerta. Una clara sonrisa iluminó su hermoso rostro al reconocer a su visitante.

—Pasa, Ray —dijo, a la vez que le tendía la mano—. Has tardado días en aparecer por aquí —añadió.

—A Edgar no le gusta —contestó él.

—Edgar no manda en mí. ¿Café?

—Sí, gracias.

Nancy fue a la cocina y volvió a poco con las tazas, una jarra de agua caliente y tabletas de café.

—Sírvete a tu gusto —dijo.

—Gracias. Nancy, Edgar no convenía a Cleo. Pero ¿te conviene a

ti?

Ella hizo un gesto ambiguo.

—Por el momento, somos buenos amigos —respondió.

—No es un sujeto adecuado para una muchacha como tú —sonrió él.

—La vida es larga, Ray. ¿De dónde vienes ahora?

—Del Ayuntamiento. Me convocaron a una reunión.

—¿Han sacado algo en limpio?

—No. Mucho hablar…, pero no han tomado ninguna decisión.

—Si dependiera de ti, ¿cuál sería la decisión, Ray?

—En parte, puedo hacer algo. Por ejemplo, pedirte que me dejes bajar al sótano de esta casa.

Nancy arqueó las cejas.

—¿Por qué? —quiso saber.

Ockers se lo explicó. Nancy dijo:

—Nunca oí hablar del subsótano.

—Tampoco a mí se me hubiera ocurrido, pero Melitta Bussey lo dijo y, supongo, tiene buenos motivos para saberlo. ¿Tienes inconveniente en que vea el sótano?

—Ninguno. —Ella se puso en pie—. Cuando quieras, Ray.

Ockers terminó su taza de café. Dejaron la sala, pasaron al vestíbulo y se encaminaron a una puerta situada bajo la caja de la escalera.

Nancy abrió y encendió la luz. Ockers inició el descenso, encontrándose en un sótano en el que había algunos trastos viejos, unas estanterías con libros viejos…, y una impresionante pila de botellas de diversos vinos.

— ¡Qué maravilla! —exclamó Ockers, arrobado.

—Si te apetece una botella… —sonrió la joven.

—Luego. Ahora, lo que más me interesaría sería encontrar la entrada del subsótano.

—La verdad, yo no vengo aquí con frecuencia. Pero jamás he visto nada anormal en este lugar.

—Por alguna razón, tío Silas hizo que los trabajos se realizaran en el máximo secreto. Incluso se trajo a los operarios desde muy lejos. Como es lógico, no podemos ir a buscarlos, para que nos digan cómo se accede al sótano inferior.

—¿Qué esperas encontrar allí, Ray?

—Los instrumentos y aparatos de tío Silas, además de sus notas. Resultaría muy interesante, Nancy.

—¿Para qué?

—Es bien sencillo —suspiró él—. Para volver a la Tierra. ¿No te gustaría?

Ella demoró la respuesta unos segundos.

—Sí —dijo al cabo.

Ockers empezó a tantear las paredes, sin hallar el menor rastro de una puerta secreta. El suelo, asimismo, sonaba a macizo. Al cabo de un buen rato, se dio por vencido.

—Y, por si fuese poco, yo no tengo tampoco mis instrumentos... —se lamentó.

—Los tiraste por un barranco, junto con el coche y el graviciclo —le recordó ella.

—Sí. Estaba tan furioso...

—¿Recuerdas el lugar, Ray?

—No muy bien. Sólo sé que yo venía del Este y que de repente, me sentí acometido por un acceso de furia y lancé todo por el barranco. Luego rematé a pie el camino.

—Entonces, no pudo ser muy lejos de la ciudad.

Ockers miró fijamente a su bella interlocutora.

—Puede que tengas razón —dijo a media voz—. Hasta ahora, yo había pensado que ese barranco quedó fuera de la isla, esto es, en la Tierra, pero...

—¿Te interesa algún instrumento especialmente?

—Sí, el medidor de campos gravitatorios.

—Yo tengo un coche, Ray —sonrió Nancy.

Ockers golpeó una de las botellas.

—Luego vendré a por ti, preciosa —dijo.

* * *

Abajo, a unos cuarenta metros, se veía un montón de hierros entre la maleza. Ockers se asomó al borde del precipicio, situado a unos cincuenta metros de la carretera, y empezó a pensar en la forma mejor de alcanzar el fondo.

—Por allí veo un sendero —indicó Nancy.

Ockers echó a correr, seguido por la joven. Momentos después, iniciaban el descenso, aunque con grandes precauciones, debido a lo abrupto del terreno. Por fin y sin riesgos excesivos, consiguieron alcanzar el lugar donde unas semanas antes un hombre furioso había arrojado su automóvil, con todo lo que contenía, quedándose solamente con lo puesto.

El joven empezó a buscar entre aquellas ruinas. No tardó en encontrar una caja forrada de piel sintética, de color negro, de unos cuarenta centímetros de largo, por treinta de ancho y veinticinco de grueso.

—Ah, aquí está —exclamó, satisfecho—. Otro día vendré a buscar las demás cosas.

—¿Funcionará, Ray?

—Es un aparato muy resistente. Caso de que se haya roto algún circuito, dispone de un indicador-señalizador que permite localizar la avería instantáneamente. Ah, y el trípode, también.

El aparato mencionado, plegado, estaba en su funda. Ockers cargó con las dos cosas. De pronto, se oyó un fuerte crujido.

Ockers levantó la vista.

—¡Salta, Nancy! —gritó.

Algo se movía en el borde del precipicio. Nancy echó a correr.

Ockers la imitó en el acto. Un objeto, enorme, pesado, descendió rugidoramente desde las alturas.

Embarazado con la carga, Ockers no pudo apartarse con la rapidez deseada. Algo tocó contra su cabeza y le pareció que hacían explotar un cartucho de dinamita dentro de su cerebro. El fogonazo del golpe se convirtió instantáneamente en negra oscuridad.

CAPÍTULO VIII

Despertó porque llovía y el agua caía en su cara. Pero no tardó en advertir que no era agua de lluvia, sino que procedía de un recipiente que alguien inclinaba sobre su rostro.

—Ray, Ray... —sonó una voz ansiosa, muy distante.

—Ho... la... —dijo él, con acento desfallecido—. Más agua, por favor, Nancy.

Ella volvió a mojarle el rostro. Ockers notó que el dolor se alejaba poco a poco.

—Tuve suerte, ¿no? —sonrió.

—Sí, estás vivo por milagro. Cuando cayó la piedra más grande, arrastró otras pequeñas. Una de ellas rebotó y te golpeó de refilón.

De pronto, Ockers se dio cuenta de su postura. Nancy, arrodillada, le sostenía sobre el regazo.

—Estoy muy bien así —dijo.

Ella se ruborizó.

—Sigue cuanto quieras, Ray —contestó.

—Gracias, preciosa; en seguida estaré bien. Esa roca..., ya ha sido casualidad, ¿no te parece?

—Ray, no ha sido casualidad —dijo Nancy, muy seria.

Ockers volvió la cabeza, para mirarla de abajo arriba, a pocos centímetros de distancia.

—¿Qué tratas de decirme? —preguntó.

—Alguien quiso matarte, eso es todo.

—Nancy, no hablas en serio.

—No bromeo, Ray.

—¿Le viste?

—No. Primero debió de empujar la roca con las manos. Luego añadió más impulso con un pie. Eso es lo que pude ver yo: una pierna, hasta poco más arriba de la rodilla.

—¿Pierna de hombre?

—Llevaba pantalones, Ray.

—Tú también los llevas, Nancy.

—Sí, pero mira hacia arriba. Todo lo que veas, estará a contraluz.

Ockers asintió. Hizo un esfuerzo y consiguió sentarse en el suelo.

—Ya me encuentro mejor —manifestó.

—No estés tan seguro —dijo ella—. El golpe ha sido muy fuerte. Debes descansar. Veinticuatro horas de reposo absoluto te sentarán bien. Si lo deseas, puedes quedarte en mi casa.

Ockers la miró fijamente.

—¿No habrá inconveniente por parte de Edgar? —consultó.

—Su opinión me importa menos de lo que crees —sonrió ella—. ¿Te ayudo a ponerte en pie?

—Gracias, creo que podré levantarme solo.

Momentos después, se hallaban de nuevo en el coche. Nancy lo hizo arrancar de inmediato.

Ockers reflexionaba, con la cabeza apoyada en el respaldo del asiento. Al cabo de un rato, dijo:

—Nancy, los extraterrestres tienen nuestra misma figura.

—Eso creo yo también, Ray —contestó ella sosegadamente.

* * *

Ockers durmió apaciblemente el resto de la noche. Al despertar, por la mañana, se encontró sensiblemente mejorado.

Fue al baño, se duchó y vistió. Tenía apetito y salió al poste de comida, para tomar su ración cotidiana, con la que volvió a la casa. Al entrar, oyó voces en la sala.

—No me gusta lo que estás haciendo, Nancy.

—Edgar, tú no eres quién para indicarme normas de conducta. Ockers estaba herido y yo le alojé en mi casa. Él no tiene donde residir...

—¡Que se vaya a la calle; no le quiero aquí!

—Modérate, Edgar —aconsejó ella—. Mi situación aquí no llega hasta el extremo de aceptar ciertas órdenes. Si piensas seguir en ese plan, lo mejor será que te vayas y no vuelvas.

—Pero, Nancy...

—Ya me has oído —cortó la joven fríamente.

—Nancy, ¿te das cuenta de lo que dices?

—Sí, Edgar.

—Muy bien, entonces tendrás que atenerte a las consecuencias.

—No me importa en absoluto —respondió Nancy.

Ockers siguió su camino hacia el piso superior. Cuando llegaba al corredor, oyó un tremendo portazo.

Sonriendo, se asomó a la barandilla.

—¡Nancy!

Ella salió al vestíbulo, con un pañuelo en la mano.

—¿Lloras?

Nancy se sorbió ruidosamente.

—No..., no te preocupes —dijo.

—Apartaste a Edgar de Cleo, pero fue un error.

—Tenía mis razones, Ray.

—Sí, saltan a la vista. En fin, no quiero molestarte más. Voy a desayunar; luego empezaré a trabajar.

—Esta es tu casa, Ray —dijo Nancy sencillamente.

Ockers se encaminó al dormitorio. Meneó la cabeza. Le preocupaba la actitud de aquella hermosa joven.

¿Qué clase de relaciones la unían con Edgar Bruden?

Un día iría a buscar al tipo y le machacaría la nariz de un buen puñetazo, se prometió a sí mismo. Si algo había que detestase en este mundo, eran los sujetos que avasallaban despóticamente a las mujeres.

* * *

Una hora más tarde, bajó al jardín, cargado con un trípode, sobre el cual estaba el medidor de gravedad.

—¿Funciona? —preguntó Nancy.

—Sí. Había un par de hilos rotos solamente, pero no costó nada hacer los empalmes —contestó él—. Es que se trata de un aparato más que delicado, costoso, y lo traje entre el equipaje, por si sufría un accidente en el camino. Lo que nunca me imaginé es que yo mismo provocaría el accidente.

—Porque fracasó el graviciclo.

—Sí, Nancy.

—Yo tengo una bicicleta en el cobertizo. Si quieres...

—Por ahora no, gracias.

Ockers dio el contacto. En el indicador de campos gravitatorios, una de las agujas se movió, hasta alcanzar, en una escala de mil, la cifra 987.

—No está mal, aunque si yo fuese tendero, me alegraría infinito —sonrió el joven—. Por cada kilo «oficial» de carne, sólo daría novecientos ochenta y siete gramos.

—Esa cifra es la de la intensidad gravitatoria en este punto, ¿no?

—Sí, pero en un radio de quinientos a mil metros, aproximadamente. A un kilómetro, la gravedad puede cambiar de intensidad, mayor o menor, por supuesto.

—¿Mucho, Ray?

—Algunas décimas, tal vez centésimas... —Ockers sacó una libreta y tomó un par de notas—. Continuaré las observaciones —añadió, al guardar la libreta.

—Ray —dijo ella de pronto, aunque con voz un tanto insegura.

Ockers escribió la última anotación y luego se volvió sonriendo hacia la joven.

—Dime, Nancy.

—¿Qué objeto tienen tus observaciones?

—Me costará un poco, porque debo hacer gran número de observaciones, pero de este modo puedo encontrar el centro de gravedad.

—¿Y...?

—Una maquinaria tan poderosa como la que ha movido este enorme pedazo de tierra tiene que hallarse, a la fuerza, en el centro de gravedad o en sus inmediaciones. Una vez situado ese punto..., será preciso discutir la forma de llegar hasta él.

—Para volar la máquina.

—Todo lo contrario: para hacerla funcionar en sentido inverso y regresar a la Tierra.

—¡Ojalá lo consigas, Ray!

—Al menos, pienso intentarlo. No me haría gracia pasarme el resto de mis días exhibido como una fiera en el zoo, para satisfacción de los componentes de una raza superior de seres humanos.

—¿Crees que son seres humanos?

—Si son inteligentes, y de eso no hay duda alguna, son humanos, independientemente de su figura.

Ockers guardó la libreta en el bolsillo de sus raídos pantalones, plegó el trípode y cargó con el artefacto.

—Te veré otro rato —se despidió, con brillante sonrisa.

—Cuando quieras —accedió ella.

* * *

La gente contemplaba a Ockers, mientras hacía mediciones del campo gravitatorio en el amplio espacio abierto del centro comercial de la población. Ockers se dio cuenta de que los habitantes de Freeville parecían haberse habituado a su nueva situación. El supermercado, sin embargo, tardaría ya muy pocos días en cerrar, debido a la falta de alimentos.

—Ese será nuestro problema —dijo sombríamente el jefe Harrison, situado junto al joven, después de haber comentado la escasez de existencias en la tienda.

—¿Problema? Hay decenas de postes alimenticios. Basta ir una vez por día para conseguir una ración de comida, más que suficiente en calorías, con las proteínas y vitaminas necesarias. Pero, además, será preciso que las gentes de Freeville empiecen a dar de lado la vida muelle y apacible a que estaban acostumbradas hasta ahora.

—¿Qué quiere decir, señor Ockers?

—Hay colinas y llanuras, con hierba abundante. Si hay leones, también debe de haber alimento para ellos: ovejas, por ejemplo.

—Conozco a un par de pastores, que tienen sus rebaños, con unas quinientas reses cada uno...

—¿Lo ve? ¿No habrá en alguna parte un saco de trigo? Será preciso roturar la tierra y sembrarlo, para conseguir pan. Muchos de los jardines, demasiado extensos, pueden ser transformados en

huertos..., y si esto no es suficiente, sobran tierras fuera de la ciudad. El alcalde debería pensar en cosas así, en lugar de sus futuros votos.

Harrison meneó la cabeza vigorosamente.

—Iré a hablar ahora mismo con él y le expondré sus ideas —manifestó.

En aquel preciso instante, sonó un disparo.

La bala alcanzó el medidor y lo tiró por tierra con terrible violencia. Ockers contempló unos instantes el caído artefacto y luego, de súbito, echó a correr a toda la velocidad que podía obtener de sus piernas.

La gente chillaba frenéticamente, a la vez que se dispersaba en todas direcciones. Sonaron dos disparos más.

Una de las balas pegó en el cemento, ante los pies del joven. Ockers pudo ver claramente las chispas que el proyectil arrancaba del pavimento.

Un poco más adelante, divisó un espacio ajardinado. Cuando sonaba el último disparo, saltó de cabeza por encima de un seto y rodó sobre la hierba del otro lado. Luego permaneció quieto, sabiéndose agradablemente oculto.

Harrison y sus hombres habían reaccionado ya y, pistola en mano, se lanzaban en persecución del misterioso francotirador, quien había disparado desde la azotea de un edificio cercano. Pero por más que se esforzaron, no consiguieron hallar el menor rastro del sujeto.

Cuando el peligro hubo pasado, Ockers se puso en pie. Regresó al lugar donde había tomado la última anotación y contempló tristemente el medidor.

Los orificios causados por el proyectil no eran demasiado grandes, pero bastaba verlos para adivinar que los destrozos hechos en sus delicados mecanismos eran irreparables.

* * *

—Parece una gallina mojada —comentó Cleo cáusticamente.

Ockers, sentado en uno de los escalones del porche, en casa de Melitta, asintió con un ligero movimiento de cabeza.

—Sí —contestó.

—Le han hecho polvo su idea. Lo siento —dijo ella.

—Gracias.

—¿No se puede reparar?

—Tal vez podría aprovechar los indicadores, pero necesitaría unos materiales que no se encuentran en Freeville.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque ya los he buscado. Esto es una ciudad residencial, no una urbe en la que se pueda encontrar de todo.

—Supongamos que dispone de otro medidor de campos

gravitatorios. ¿Qué conseguiría con ese cacharro?

—Hallar el centro de gravedad de este trozo de la Tierra. Aunque debo añadir que no sería cuestión de días, ni siquiera de semanas. Habría que hacer miles de mediciones y luego tabular los resultados en una computadora.

—Son setecientos kilómetros cuadrados de superficie, Ray —advirtió la chica.

—Se equivoca, son muchísimos más.

—No comprendo…

—Esto es una especie de paralelepípedo, que mide treinta por veinticinco por tres. Lo cual significa que la cara norte, por ejemplo, tiene setenta y cinco kilómetros cuadrados, lo mismo que la cara sur. Entre las caras este y oeste, a noventa cada una, son ciento ochenta kilómetros cuadrados. Añadamos los setecientos cincuenta de la cara inferior, esa que no vemos y que nadie ha visto todavía, y tendremos en total una superficie de más de mil ochocientos kilómetros cuadrados.

—¡Aterrador! —dijo ella.

—Se podría hacer una medición por kilómetro, aproximadamente, lo que da un total de mil ochocientas observaciones. Suponiendo que realizara treinta operaciones diarias, necesitaría sesenta días para completar la investigación.

—¿Y después…?

Melitta asomó en aquel instante por la puerta.

—Muchachos, la cena está en la mesa —anunció.

—Entre, Ray —invitó Cleo.

—Gracias.

La cena transcurrió en medio de un lúgubre silencio Al cabo de un buen rato, Cleo dijo:

—Ray, me gustaría saber dónde nos encontramos.

—Lo ignoro —contestó él—. En las primeras doce horas recorrimos, aproximadamente, el espacio que había entre la Tierra y Júpiter, más de seiscientos millones de kilómetros, como recordará. Pero carecemos de puntos de referencia para situarnos en el espacio y ello nos impide calcular la velocidad a la que nos movemos, la cual, supongo, ha debido de aumentar enormemente. Por tanto, nos hallamos ahora a miles de millones de kilómetros de la Tierra, con dirección a…

—En resumen, no lo sabe —sonrió la chica.

—¿Lo sabe usted?

Ella enseñó las palmas de sus manos.

—Cero —contestó significativamente.

—Pero este viaje puede durar años enteros.

—¿Cómo?

—No podemos movernos a mayor velocidad que la de la luz. Suponiendo que alcanzásemos este límite, necesitaríamos cuatro años para llegar a Alfa del Centauro, donde se supone hay un sistema planetario. Pero ¿quién nos garantiza que vamos allí y no a Sirio, que dista de la Tierra once años luz?

Cleo se sintió muy impresionada por aquellas palabras.

—Once años viajando por el espacio —musitó.

—No tenemos medios de fijar un plazo para este viaje —concluyó él.

CAPÍTULO IX

Ockers durmió aquella noche en casa de Melitta. La anciana solterona no había querido que el joven pasara la noche en el jardín, por lo que le asignó una de las habitaciones de los huéspedes, gesto que Ockers agradeció cumplidamente.

Por la mañana, apenas se despertó, fue al baño. Luego descendió a la planta baja y abrió la puerta, a fin de tomar su ración cotidiana de comida.

Mientras abría, pensó en la fabulosa instalación que suponían decenas de postes alimenticios, colocados en una noche. Pero ¿dónde estaban las tuberías que conducían la pasta alimenticia hasta las columnas desde las que se repartían al público?

Y, ¿qué decir, pensó, del complejísimo sistema de identificación, que impedía que nadie se apropiase de más de una ración diaria? Un par de veces había hecho la prueba deliberadamente, intentando repetir, y en ambas ocasiones había cosechado sendos fracasos. En alguna parte, había una computadora complejísima e infalible, capaz de «anotar» cada ración consumida, junto con el código correspondiente al usuario, de modo que éste tuviera su comida diaria, pero nada más.

De todos modos, aquello no era interesante, por el momento, pese a que denotaba un altísimo grado de tecnología. Lo que sí importaba era encontrar el sitio donde estaba la maquinaria que movía aquel enorme bloque de tierra.

Sus reflexiones se vieron cortadas de repente por algo que le hizo dudar de sus sentidos.

Delante de él, ante la pequeña escalera de acceso al edificio, había un medidor de campos gravitatorios.

Durante unos segundos permaneció estático, inmóvil, maravillado por la visión. Luego, de pronto, saltó hacia el aparato.

—¡Funciona, funciona! —gritó momentos después, en el interior de la casa.

Cleo y Melitta, asombradas por aquel escándalo, se asomaron a la barandilla del corredor superior.

—Ya se ha emborrachado otra vez —dijo la chica, torciendo el gesto.

—Ray, éstas no son horas de bailar y menos con una cámara fotográfica —exclamó la solterona con acento lleno de severidad.

Ockers tenía el medidor entre sus brazos, sujeto por el trípode, y daba pasos de baile continuamente, mientras tarareaba una canción báquica, aunque sin atreverse a decir la letra, para no ofender a las

mujeres. Al cabo de unos momentos, jadeante pero feliz, se detuvo.

—Podré continuar mis mediciones —dijo.

—Y eso, ¿con qué objeto? —preguntó Melitta.

—¡Para poder volver a la Tierra, claro!

La solterona hizo un gesto con la cabeza.

—Yo estoy aquí muy bien —manifestó.

—Tía, Ray tiene razón. Debemos hacer todo lo posible por regresar a la Tierra —exclamó la chica calurosamente—. Ray, si necesita mi ayuda, dígalo sin vacilar.

—Hombre, me convendría una persona al lado, para que fuese escribiendo mientras yo observo los indicadores...

Cleo sonrió atractivamente.

—Ya tiene un ayudante —dijo.

* * *

Tres días más tarde, se detuvieron en el borde norte.

Cleo miró hacia abajo.

—Una caída horrible —murmuró.

—No habrá caída —sonrió él—. Recuerde que ya hizo una «excursión» por esta cara.

—Sí, pero lo que no me explico es cómo pudieron caer los bomberos, con su vehículo...

—Es bien sencillo. Cuando se produjo el accidente, acabábamos de «despegarnos» de la Tierra. Por tanto, ésta ejercía aún sobre nosotros su atracción gravitacional, más intensa que la de este bloque en que nos hallamos.

—Y el coche de bomberos cayó...

—Morirían, seguramente, al salir de «nuestra» atmósfera.

—Pobres —murmuró ella.

—Tal vez, si el accidente se hubiera producido más tarde, el camión habría saltado fuera de este borde, para caer luego sobre la cara que ahora vemos vertical. Probablemente, aunque con heridas, los bomberos se habrían salvado. Pero no debemos pensar ya en lo que pasó, sino en lo que hemos de hacer. Cleo, si queremos regresar a la Tierra, no podemos confiar sino en nosotros mismos.

—Tiene razón, Ray —asintió ella, con un suspiro—. Vamos a la cara vertical.

Instantes después caminaban por lo que, visto desde el borde, parecía un precipicio y que ahora no era sino una extensa llanura rocosa, árida por completo y sin el menor signo de vida. Ockers emplazó su medidor a unos doscientos metros del borde y realizó su primera observación.

Cleo anotó las cifras que él le dictaba. A continuación, siguieron

andando unos seiscientos metros. Tomaron otra medición y prosiguieron en línea recta.

Una hora más tarde, alcanzaban el borde inferior.

Las nubes eran muy espesas en aquel lugar. Incluso estaban a ras del suelo, formando una niebla bastante densa, que impedía la visión a poca distancia. El silencio era impresionante.

Ockers se asomó al borde.

—Cuidado —dijo Cleo, aprensiva.

La niebla impedía captar más detalles de lo que había en la cara inferior del islote espacial. Tras algunas vacilaciones, Ockers se tendió en el suelo y avanzó reptando por el suelo. Al ver que se mantenía sin dificultades, se puso en pie.

Jirones de niebla se movían lentamente, adheridos a la superficie de aquel suelo rugoso, grisáceo, nada agradable. La temperatura, estimó Ockers, había descendido considerablemente en relación con la reinante en la cara superior.

Aquella superficie, pensó, había estado adherida al subsuelo de la Tierra. ¿Qué poderosas fuerzas habían arrancado del planeta un fragmento que pesaba más de nueve billones de toneladas?

Si no conseguían regresar, ¿cuál sería su porvenir, una vez llegados al punto de destino?

¿Permanecerían para siempre en aquel bloque?

Tal vez sus captores tenían otros planes para ellos. La isla en el espacio serviría para que pudieran vivir sin dificultades durante el viaje. Pero ¿y después?

¿Acabarían encerrados en jaulas, para recreo y deleite de una raza terriblemente superior, pero, al mismo tiempo, de incalculable salvajismo?

Sacudió la cabeza. Era preciso dar de lado las elucubraciones, más o menos abstractas, y ceñirse a la realidad.

Y trabajar para conseguir el regreso a la Tierra.

Alzó la voz:

—¡Cleo, ya puede venir!

Ella no contestó. Ockers elevó el tono de su voz:

—¡Cleo!

Pero el silencio continuaba. Alarmado, Ockers retrocedió sobre sus pasos. Gritaba, pero su voz se perdía en estériles ecos por aquella infinita llanura, en la que no se advertía el menor rastro de vida.

Cruzó el borde. Cleo debía estar allí, pero no se la veía por ninguna parte.

El medidor había desaparecido también.

Ockers sintió como una mano helada en la espalda. La niebla, gris, algodonosa, se movía en lentos jirones por todas partes. Titubeante, avanzó algunos pasos, gritando a voz en cuello el nombre

de la chica.

De repente, algo se movió detrás de una roca.

Ockers se detuvo en seco. En aquel momento, hubiera dado algo bueno por tener a mano un arma de fuego.

¿Un invasor?

Algo apareció por uno de los bordes del pedrusco. Una mano…, luego otra y, finalmente, unos rubios cabellos, muy cortos, que enmarcaban un rostro de expresión perdida.

—¡Cleo!

Ockers saltó hacia la muchacha. Ella le miró con ojos ausentes.

—Me…, me asaltaron… —dijo Cleo con voz vacilante.

—¿Quién? —preguntó.

—No lo sé…, no pude verle la cara… Sentí un golpe muy fuerte, aunque no perdí del todo el sentido… Luego me arrastraron…

Ockers estaba arrodillado junto a la chica.

—¿Había más de uno? —preguntó.

—No lo sé… No pude ver nada, aunque…, me pareció que había una mujer.

—¿Cómo lo sabe?

—Olía muy bien… Yo manoteé… Me pareció tocar un pecho femenino… Luego, sí, me desmayé y ya no sé más.

Ockers miró a su alrededor.

Sus labios se contrajeron. Una sorda maldición brotó de sus labios.

¡El medidor de campos gravitatorios había desaparecido!

* * *

Ockers dejó a la muchacha en casa de Melitta. Ayudada por su tía, ella se metió en la cama. El médico había sido ya avisado.

—Esto no me gusta —dijo la anciana, una vez que el galeno hubo reconocido a Cleo y recomendado unas horas de reposo, sin necesidad de medicamentos ni otra clase de remedios.

—Tampoco a mí —contestó él, ceñudo—. Hay alguien empeñado en impedir mis investigaciones y voy a tratar de desenmascararlo.

—¿Tienes algún sospechoso en tu lista, Ray?

—Puede ser, Melitta.

Ockers ya no dijo más. Abrió la puerta, subió al coche de la solterona y arrancó de inmediato.

Unos minutos más tarde, Nancy abría la puerta de su casa.

—¿Qué tal, Ray? —saludó afectuosamente.

—¿Tienes todavía alguna tableta de café?

Ella rió suavemente.

—Compraba tubos enteros —respondió—. Aún tengo unos cuantos centenares de comprimidos. Entra, por favor.

—Gracias.

Nancy preparó el café. Luego se sentó frente a su visitante.

—Te veo muy serio —dijo.

—Tengo motivos para ello —respondió Ockers.

—No haces progresos, ¿eh?

—A decir verdad, muy pocos. Las mediciones que he conseguido resultan insuficientes. Necesitaría diez veces más..., y ya no podré seguir adelante.

—Ya me enteré de los disparos que te hicieron. Lamento lo ocurrido, pero me alegro sinceramente de que no te sucediera nada.

—Gracias. Nancy, ¿quién dejó otro medidor, completamente nuevo, en la puerta de la casa de Melitta Bussey?

Ella le miró sorprendida.

—¿Cómo dices?

Ockers relató todo lo ocurrido, incluyendo el ataque a Cleo. Al terminar, Nancy hizo un gesto con la cabeza.

—No tengo la menor idea —declaró—. Pero, por otra parte, esos extraños no tienen intención de causarnos ningún daño.

—¡A mí quisieron matarme, Nancy! —protestó él.

—Porque, en cierto modo, has desobedecido sus órdenes.

—Tengo derecho a volver a la Tierra. Soy un hombre libre.

—Ellos piensan de un modo muy distinto. Y son más fuertes.

Ockers miró fijamente a la hermosa mujer que tenía frente a sí.

—Y tú, ¿cómo piensas? —quiso saber.

El esbelto pecho de Nancy palpitó con cierta rapidez.

—Como tú, pero, ¿qué podemos hacer? —murmuró.

—Sí, hay algo que podemos hacer, y es no dejarnos llevar como borregos al matadero; debemos intentar...

Ockers no pudo seguir. La voz de un hombre sonó de pronto en el vestíbulo:

—¿Nancy?

El joven se puso en pie rápidamente.

—Edgar —dijo ella.

Bruden apareció segundos más tarde. Vio a Ockers, fijó luego su vista en la mesa, sobre la que se veía el servicio de café y, en el acto, su rostro se inflamó.

—Salga, Ockers —dijo.

—¡Edgar, ésta es mi casa! —gritó Nancy.

—Váyase, Ockers, váyase antes de que sea demasiado tarde...

Ockers se volvió hacia la joven y sonrió de un modo especial.

—Me defrauda usted, Nancy; pensé que era un poco más independiente —dijo.

Ella bajó la cabeza. Bruden levantó el índice.

—Ockers, si vuelvo a verle por aquí, le machacaré las narices —amenazó coléricamente.

—¿Estás de acuerdo con lo que dice este energúmeno, Nancy? —preguntó el joven.

—No, no estoy de acuerdo, pero..., por favor, vete, vete...

Ockers se volvió hacia Bruden.

—Me voy, sí, pero volveré —prometió.

Cuando salió, se preguntó qué misterioso ascendiente poseía Bruden sobre Nancy Guild. ¿Por qué se dejaba ella avasallar de semejante forma?

—Parece una esclava...

Subió al coche y dio el contacto. Sentíase terriblemente frustrado. Era cierto que estaba vivo, pero no resultaba menos verdad que había alguien empeñado en impedir sus investigaciones.

Sin embargo, había una pregunta que ocupaba su mente de un modo obsesivo: ¿Dónde estaba la maquinaria que movía la isla en el espacio?

* * *

De pronto, a la mañana siguiente, aparecieron sendos carteles en todos los postes distribuidores de alimentos:

«Hoy no habrá comida. Vuelvan mañana.»

La gente empezó a murmurar. Hubo algunos conatos de motín. Harrison y sus hombres tuvieron trabajo desacostumbrado. Hacía tiempo que reinaba una tranquilidad absoluta, debido, sobre todo, a la resignación que se había apoderado de la población, a lo cual había contribuido el hecho de saber que no carecerían de alimentos. Pero aquel cartel inesperado provocó una serie de malos humores que se tradujeron en agrias disputas, golpes y hasta un par de pequeñas revueltas, fácilmente dominadas, tanto por la acción de la policía como la propia cordura de los afectados.

La tensión era muy grande al atardecer, tanto que el alcalde se vio constreñido a convocar una reunión. Los personajes congregados discutieron exhaustivamente la situación, pero no llegaron a ningún acuerdo.

Al día siguiente, hubo comida y los ánimos se calmaron bastante. Pero, en general, proseguía la inquietud.

La gente, por otra parte, empezaba a cansarse de aquella comida de gusto poco agradable y monótono. Algunos, más emprendedores, salieron al campo, en busca de caza, con la idea de mejorar su dieta.

Los dueños de los rebaños de ovejas protegieron sus reses a tiro

limpio. Hubo dos muertes, pero el jefe Harrison no se atrevió a encerrar a los pastores, sabedor de que la razón estaba de su parte.

Otros quisieron comprar las ovejas. Sus dueños se negaron a vender.

—¿De qué nos servirá el dinero? —alegaron, con no poca lógica.

Ockers encontraba que Hillbury, el alcalde, estaba desbordado por los acontecimientos. En su opinión, debía establecerse una especie de gobierno, que distribuyera rígida y equitativamente todos los bienes de que aún se disponían. Si el viaje espacial duraba años, ¿cómo se vestirían, cuando las ropas se hiciesen inservibles?

¿Y las medicinas para los enfermos?

¿No había nadie capaz de tomar decisiones y distribuir los distintos trabajos, según la capacidad de cada cual?

Ockers hubiera querido hacer públicos sus pensamientos, pero sabía que, a fin de cuentas, no era sino un forastero en Freeville y con no demasiada fama. Había hecho lo único que estaba en sus manos, pero las circunstancias le habían impedido seguir adelante.

Amargado y frustrado, llegó a casa de Melitta.

La anciana salió a recibirle.

—Hola, Ray. Tengo té, si te apetece.

—Gracias, guárdelo para mejor ocasión. ¿Dónde está Cleo?

—Ha salido. No sé cuándo volverá —respondió Melitta—. ¿Querías algo de ella?

—La libreta de apuntes. Cleo se la quedó y... Bueno, quería estudiar un rato...

—¿Una libreta de tapas negras, muy usada?

—Sí, Melitta.

—Lo siento, Ray.

Ockers levantó las cejas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Cleo quemó esa libreta. Estaba muy deprimida y dijo que no servía para nada y que, de todos modos, estábamos condenados.

—Bueno, eso de que no servía para nada... —rezongó Ockers—. Algo hubiera podido hacer, se dijo, desanimado.

—Por si te interesa, te diré que ha ido a casa de Edgar —dijo la solterona.

—¿Bruden? —respingó Ockers.

—Sí, el mismo.

—Pero yo creí...

Melitta rió de un modo extraño.

—Muchacho, nunca conocerás a una mujer lo suficiente para saber cuál será su próximo paso. Lo cierto es que Cleo estuvo muy enamorada de Edgar y que aún le dura.

—A lo que parece, así es, aunque pienso que Edgar es de la clase

de hombres que no tienen bastante con una sola mujer.

—Ray, Cleo es lo suficientemente mayor para saber lo que se hace. Y si no lo sabe, así aprenderá, a fuerza de desilusiones.

—Es usted muy filósofa, Melitta.

—La vida, muchacho —respondió la solterona.

—Sí, es cierto. Pero la libreta era mía y ella no debió haberla quemado sin mi permiso.

—Lo siento, yo no sabía...

—Es igual; de todos modos, muchas gracias, Melitta.

Ockers se dirigió hacia la puerta. Antes de salir, sin embargo, recordó algo.

—¿Cómo sabe que Cleo ha ido a ver a Bruden? —preguntó.

—El la llamó, Ray.

—Sí, entiendo.

CAPÍTULO X

El coche del jefe Harrison se detuvo junto a Ockers.

—Suba, le llama el alcalde —dijo Harrison.

Ockers obedeció. Minutos después, se hallaba en presencia de la máxima autoridad local.

—Señor Hillbury…

—Tengo que darle una orden —dijo el alcalde fríamente—. Espero la obedezca o, de lo contrario, me veré obligado a encerrarle.

—Oiga, yo no he cometido ningún delito…

—Abandone sus investigaciones, eso es todo, Ockers.

El joven respingó.

—Pero, señor alcalde…

—No quiero que ponga en peligro las vidas de mis conciudadanos. ¿Se da cuenta de que ya estuvimos un día sin comer?

—Pero ¿qué diablos tengo yo que ver con la falta de comida? —protestó Ockers acaloradamente.

Hillbury le tendió un papel.

—He recibido esta carta hace una hora, escasamente —dijo.

—Yo creí que no funcionaba el servicio de Correos…

—La entregaron personalmente. Lea, por favor.

Ockers tomó el papel. Había un mensaje escrito, sumamente breve, aunque no por ello menos significativo:

«Ray Ockers deberá
abandonar sus
investigaciones o les
dejaremos una semana sin
alimentos.»

Los labios del joven se contrajeron.

—Gracias, señor alcalde —dijo.

—Eso es todo, señor Ockers.

La entrevista había terminado. Ockers dio media vuelta.

Harrison aguardaba en la antesala.

—Tengo órdenes respecto a usted —dijo.

—Lo sé —contestó Ockers.

—Pórtese bien. Estemos donde estemos, sigo siendo el jefe de policía.

—De acuerdo.

Súbitamente, Harrison bajó la voz:

—Pero me gustaría volver a la Tierra. ¡Ah, si supiera dónde se esconden esos malvados extraterrestres!

—¿Qué haría usted, jefe?

—Dispongo de media docena de hombres resueltos y valerosos, con rifles, pistolas y municiones en abundancia. Los barreríamos, créame.

Ockers meneó la cabeza.

—Eso no resolvería la situación —dijo—. Pero es bueno saber que uno cuenta con amigos —añadió, sonriendo.

—Puede estar seguro de ello —afirmó Harrison.

El joven abandonó el edificio. Sentíase deprimido y no sabía qué hacer.

¿Por qué no volver junto a Nancy?

Desechó la idea. Antes quería hablar con Cleo.

La muchacha no estaba en casa.

—Ha vuelto a ver a Bruden —dijo Melitta.

Ockers se sentó en uno de los peldaños de la escalera del porche.

—Aguardaré —dijo, resuelto.

—Está bien, yo seguiré con mi bordado —dijo la anciana.

Ockers hurgó en sus bolsillos y encontró tabaco. Tendría que dejar de fumar a la fuerza; ya no se vendían cigarrillos... Pero, en realidad, deberían privarse de tantas cosas.

Había algo que le extrañaba profundamente. Nadie había visto a los extraterrestres. Ninguno de ellos se había hecho visible.

¿Por qué?

¿Tenían alguna figura especial, que ellos sabían podía resultar horripilante a los ojos de los terrestres?

¿O se ocultaban tal vez por conveniencia?

Pero también había otra posibilidad.

Los extraterrestres tenían una figura idéntica. Tal vez estaban mezclados con la población. Algunos de los convecinos de Freeville no habían nacido en la Tierra.

Por ejemplo, Nancy Guild.

Una hermosa mujer, pero de extraño comportamiento. Nancy había llegado a la ciudad meses antes que él. Vivía en la casa que había sido de tío Silas y nadie sabía a qué se dedicaba.

Pero, aunque fuera una extraterrestre, ¿cómo demostrarlo?

Cleo apareció de pronto ante sus ojos.

—¡Ray! —exclamó.

Ockers se levantó.

—Te esperaba —dijo.

—Lo siento, he estado ocupada —sé disculpó la chica.

—Con Edgar.

—No creo que eso te importe mucho, Ray.

—No, en absoluto. Me importa mucho más la libreta que quemaste.

—Ya no servía para nada...

—Cleo, tú eres profesora de arte y yo doctor en Ciencias Exactas y Físicas. Cada cual a lo suyo, ¿comprendes?

—Lo siento. De repente me..., me sentí muy furiosa y...

—Déjalo —sonrió él—. De todas formas, ¿tú quieres ayudarme?

—Claro. ¿Qué puedo hacer, Ray?

—Yo me acuerdo de algunas mediciones. Tú recuerdas absolutamente todas las que tomaste. De las que yo no me acuerde, las obtendré por el sencillo procedimiento de la narcohipnosis.

—Narcohipnosis —repitió Cleo.

—Sí. Por eso digo que tú recuerdas las mediciones que anotaste..., en tu subconsciente, que la narcohipnosis se encargará de sacar a la superficie.

—De acuerdo, Ray, pero ¿qué conseguirás con eso?

Tú mismo dijiste que necesitabas hacer cientos de mediciones...

—Espera un momento. He estado pensando y he llegado a la conclusión... Tú has estudiado geometría elemental, ¿no?

—Hombre, sé algo...

—Entonces, recordarás el sencillo método de hallar el centro de una circunferencia. Se trazan dos secantes, en ángulo, y luego una perpendicular al centro de cada secante. Donde se encuentran las perpendiculares, allí está el centro de esa circunferencia.

—Sí, lo recuerdo, pero no sé qué tiene que ver eso con tus mediciones.

—Cleo, la fuerza de la gravedad actúa de una forma parecida. Tenemos medido un sector y podemos hallar las convergentes de los puntos donde tomamos las mediciones. No serán líneas perpendiculares exactamente, pero sí convergerán todas en un mismo punto; el centro de gravedad de este islote.

—Oh, maravilloso —aplaudió ella—. Pero se me ocurre una idea, Ray.

—Dime, Cleo.

—El centro de gravedad, teniendo en cuenta que el islote tiene unos tres kilómetros de espesor, estará a mil quinientos metros de la superficie, ¿no te parece?

—Un cálculo muy acertado. Pero los extraños llegan allí de alguna manera..., y nosotros encontraremos ese camino, cuando tengamos todos los datos.

—¿Cuándo iremos a hacernos la narcohipnosis, Ray?

Ockers sonrió.

—Oh, no tenemos prisa. Mañana, si te parece —dijo—. Sabía que no me defraudarías —añadió.

—Quiero ayudarte, Ray. Y ahora, si me permites, iré a cambiarme de ropa.

—Desde luego.

Cleo entró en la casa. Ockers quedó en el porche, contemplando pensativamente las volutas de humo de uno de sus últimos cigarrillos.

De repente, se oyó un espantoso rugido.

Sonaron chillidos de terror. Ockers se levantó de un salto.

Un león, de enorme melena, apareció en el borde del jardín. Lentamente, Ockers empezó a retroceder hasta el seguro refugio de la casa.

El león agitó la cola y rugió de nuevo. De pronto, Cleo apareció en la puerta, armada con un rifle.

—Déjalo de mi cuenta, Ray —pidió.

La chica, resuelta, se echó el arma a la cara. Antes de que pudiera disparar, el león se alejó a grandes saltos.

Cleo, defraudada, bajó el rifle.

—Se ha ido —dijo.

Ockers hizo una mueca.

—Para mí, ese león tiene tanto miedo como nosotros —sonrió—. Anda, guarda ese cacharro.

—Sí, será lo mejor. Aunque me hubiera gustado tener la piel del león delante de la chimenea —sonrió Cleo.

Entró en la casa. Melitta asomó a los pocos instantes.

—Me pareció haber oído unos ruidos raros —dijo.

—Era un león y se asustó al ver a Cleo con un rifle —contestó el joven riendo.

—Vaya, esa chica es más resuelta de lo que yo pensaba —se pasmó la solterona.

—Salvo cuando piensa en Edgar.

—Ese es peor que el león más hambriento —dijo Melitta, sentenciosa.

* * *

Por la mañana, tras el desayuno, Ockers dijo que iba a visitar al médico especialista, con objeto de concertar la hora en que debían realizar la sesión de narcohipnosis.

—Te aguardaré en casa —prometió la chica.

Ockers se marchó a pie. El doctor Robinson le escuchó un cuarto de hora más tarde. Ockers necesitó de todas sus dotes de persuasión para conseguir que el galeno accediese a sus propósitos y empleó casi media hora en el trabajo.

—Muy bien —dijo el doctor Robinson finalmente—. Vengan a las tres en punto.

—Gracias, doctor.

Ockers salió a la calle. Robinson vivía un poco más lejos del

centro comercial. De pronto, cuando llegaba a la gran plaza, Ockers vio numerosos corrillos de gente.

Algunos comentarios llegaron a sus oídos.

—Es el borrachín…

—Simulaba serlo, que no es lo mismo. En realidad, es uno de los extraños.

—Deberíamos matarle…

—Primero, le sacaremos dónde tiene a su banda. Luego lo colgaremos de un árbol.

Ockers retrocedió hasta una calle poco transitada.

Sudaba a chorros.

¿Quién había esparcido aquel horrible infundio?

Sonaron gritos de cólera.

—Hay que buscar al borrachín.

—Será mejor que nos dispersemos. No puede andar muy lejos.

—Yo le he visto entrar en casa del doctor Robinson…

Ockers echó a correr. La masa principal de gente le cerraba el paso a la residencia de Melitta.

Pero tenía otro refugio y, si se daba prisa, ni se enterarían de que se escondía allí.

Minutos después, llamaba a la puerta de la casa de la colina. Nancy se hizo visible casi en el acto.

—Ray —exclamó.

—Me persiguen —dijo él—. Alguien ha esparcido la calumnia de que soy uno de los extraterrestres. Si me encuentran, me harán pedazos.

—¡Dios mío! —se aterró Nancy—. Eso no se puede permitir…

—¿Siete policías, a lo sumo, contra setecientos enfurecidos ciudadanos? Nancy, el sótano es el sitio más seguro. Es decir, si quieres arriesgarte a esconderme.

—No tengo miedo —contestó ella—. Ven, Ray.

Nancy abrió la puerta del sótano y encendió la luz.

—Si vienen, yo sabré recibirles —dijo.

—No corras riesgos por mí…

La mano de Nancy se cerró firmemente sobre la de Ockers.

—Tranquilo, Ray —sonrió.

Ockers emprendió el descenso y permaneció unos minutos en el centro del sótano. De pronto, oyó arriba un gran griterío.

Luego, el escándalo amainó. La voz de Nancy llegó claramente a sus oídos:

—Sí, es cierto que vino, pero me negué a darle refugio. ¿Cómo podría yo esconder a un extraterrestre? Pero si quieren registrar la casa…

Sonaron más voces excitadas. Luego los ánimos parecieron

calmarse de nuevo y volvió el silencio. Ockers respiró, aliviado. Él peligro había pasado.

CAPÍTULO XI

La puerta del sótano se abrió. Nancy descendió lentamente.

—Ya no hay peligro —anunció, con radiante sonrisa.

Ockers simuló secarse el sudor de la frente.

—Debemos celebrarlo —dijo—. ¿Te importa que abra una botella?

Nancy le dirigió una mirada de reproche.

—De acuerdo, pero sólo un traguito —accedió.

Ockers se acercó a las botellas. Alargó la mano y tiró de la más cercana, pero la botella no se movió de su sitio.

—Demonios —gruñó—. Sí que está pegada...

Volvió a tirar. La botella debería haber salido de su emplazamiento, pero, extrañamente, permaneció quieta.

—Nancy, ¿qué pasa aquí? —preguntó.

—No lo sé —respondió la joven—. Saca otra botella...

Ockers agarró la botella contigua. El resultado fue idéntico.

—Esto sí que es bueno —resopló—. A ver si es que las botellas son de adorno.

De pronto, agarró los dos cuellos y tiró al mismo tiempo.

—¡Vamos, afuera, condenadas! —exclamó.

Se oyó un chasquido. Ockers dio un salto atrás, para evitar ser atropellado por la mitad de la estantería, que giraba lentamente sobre un eje vertical, dejando al descubierto la entrada a un segundo subterráneo, brillantemente iluminado.

—¡Nancy, el subsótano de tío Silas! —gritó.

—Asombroso —dijo la joven.

—¿No sabías tú nada?

—Lo mismo que tú, Ray.

Ockers asomó la cabeza por el hueco. Había una escalera vertical, de peldaños adosados al muro interior, descendió rápidamente al suelo del subsótano, situado a unos cuatro metros de profundidad.

Nancy le siguió en el acto. Los dos se quedaron parados ante una especie de cajón de metal, de unos cuatro metros de lado, situado en el centro del subsótano que, por lo demás, aparecía completamente vacío.

Al cabo de unos momentos, rehecho parcialmente de la sorpresa, Ockers dio la vuelta al cajón, examinándolo con toda meticulosidad. Uno de los detalles que más llamó su atención fue no sólo la brillantez del pulido metal, sino el suelo, completamente limpio y sin la menor señal de polvo, como debería haber aparecido, después de tanto tiempo en desuso.

De pronto, Ockers se volvió hacia la joven.

—Nancy, ¿conocías tú la existencia de este subsótano? —preguntó.

—No, rotundamente, no —respondió ella con firme acento.

—Sin embargo, estoy por sospechar que Bruden sí lo conoce.

—Es probable —dijo Nancy.

—Ha venido muchas veces a esta casa. Por algo no quería verme a mí en este lugar.

—Nunca me dio explicaciones...

—Nancy, con franqueza, dime en qué consisten tus relaciones con ese hombre —pidió Ockers.

Ella se mordió los labios.

—A fin de cuentas, ya no tengo motivos para ocultarlo —dijo—. Mis padres están muy lejos..., en la Tierra... Edgar amenazó con matarlos si yo no me prestaba a secundar sus planes.

—Ahora ya no puede hacerles daño —convino Ockers—. Pero ¿cuáles eran esos planes?

—No lo sé. Trabamos amistad hace ya tiempo y, en un principio, me sentí inclinada hacia él. Me pareció agradable, simpático, cortés..., aunque muy pronto pude darme cuenta de la clase de sujeto que era; justamente todo lo contrario de lo que yo había creído. Cuando dije que no quería verle más, él me obligó a establecerme en Freeville, precisamente en esta casa.

—Edgar tenía que venir al subterráneo con frecuencia. ¿Cuándo bajaba aquí?

Nancy hizo un gesto de desaliento.

—No lo sé..., aunque sí puedo decirte que muchas noches he dormido profundamente, de una forma extraña, demasiadas horas... Ahora veo que me ha narcotizado, pero ésta es una idea que nunca se me había ocurrido...

Ockers hizo un gesto de asentimiento.

—Tuvo que ser así —dijo—. Y a ti te necesitaba, para que cubrieras las apariencias y nadie viniera a investigar. Si ocupabas la casa y, además, ignorabas la entrada al subsótano, a ninguna otra persona se le ocurriría meter la nariz en este lugar.

—Ahora lo vemos claro, Ray, pero ¿cuál es el objeto de este cajón de metal?

—¿Cuánto tiempo llevas en esta casa, Nancy? inquirió él, sin hacer caso de las palabras de la joven.

—Unos ocho meses, Ray.

—Justo el tiempo pasado desde la muerte de tío Silas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Nancy.

—Tengo la cabeza llena de ideas, pero necesito antes hacer algunas comprobaciones, a fin de saber si estoy en lo cierto o ando

equivocado. Nancy, sencillamente, este cajón es un ascensor.

Ella abrió los ojos, enormemente sorprendida.

—¿Lo crees así?

—Si supiera cómo hacerlo funcionar.

Las superficies de la caja de metal parecían lisas. Ockers empezó a golpear aquellas paredes con las palmas de las manos, a la vez que se desplazaba lateralmente, con objeto de dar la vuelta completa al cubo de metal. De repente, se oyó un leve chasquido.

Un trozo de pared se deslizó a un lado, dejando ver el interior de un cuartito de unos dos metros de lado. Satisfecho, Ockers extendió el brazo derecho.

—El ascensor está listo, madame —dijo.

Nancy dio un paso hacia adelante. Ockers, de repente, alargó la mano y la sujetó por un brazo.

—Un momento —dijo—. No sabemos adónde puede llevarnos este ascensor, pero sí es probable que hayamos de afrontar serios riesgos. No quisiera que te sucediera nada...

—No es valor lo que me falta —declaró Nancy—. Además, si es obra del individuo que amenazó con matar a mis padres, quiero combatir de alguna forma contra él.

—Entonces, no se hable más. ¡Adentro!

Cruzaron el umbral. La puerta se cerró y el ascensor descendió inmediatamente, sin necesidad de que Ockers buscase los mandos correspondientes.

* * *

—Nancy, una vez tú rectificaste mis cálculos sobre la gravedad —dijo él, pasados unos segundos—. ¿Cómo podías saber tantas cosas sobre este asunto?

—Me lo dijo Edgar hace tiempo. Por lo visto, conocía tus trabajos sobre el particular. Se burló de ti descaradamente; dijo que eras un zoquete, un inepto...

Ockers entornó los ojos.

—Apostaría algo a que este granuja tuvo mucho que ver con el fracaso de mi graviciclo —dijo.

Nancy le miró profundamente.

—Sí, Ray —confirmó.

—Bien, la oscuridad se disipa gradualmente. Y también es probable que fuese él quien nos arrojó la piedra al barranco.

—Sobre eso, no puedo asegurar nada, pero no me extrañaría en absoluto.

—En cambio, tú tienes que saber algo sobre el medidor de campos gravitatorios. ¿O me equivoco, Nancy?

El rubor afloró intensamente a las mejillas de la joven.

—Lo encontré en el dormitorio de Edgar, arriba —contestó.

—El dormitorio de...

—El nunca entró en el mío, Ray.

De pronto, Ockers atrajo hacia sí a Nancy y la besó en una mejilla.

—Eres una chica estupenda —elogió—. Pero no entiendo por qué hiciste que Edgar se desviase de Cleo. ¿Qué podía importarte a ti...?

—No quería que Cleo fuese desgraciada por culpa de ese sinvergüenza. Pero, a lo que se ve, mis esfuerzos no han dado el resultado que esperaba.

—Eso es algo que no debe preocuparte. Melitta misma dijo que Cleo era ya mayor para saber lo que le convenía.

El ascensor continuaba su viaje hacia las profundidades de la Tierra. No había indicadores ni se advertía el menor movimiento en la caja, salvo la natural sensación de descenso, que Ockers supuso debía realizarse a buena velocidad.

De repente, la velocidad disminuyó.

—Estamos llegando, Nancy —dijo él.

El ascensor se paró a poco. La puerta se abrió.

Entonces, Ockers y Nancy se encontraron ante un espectáculo esperado en cierto modo, pero no por ello menos fantástico.

* * *

Los dos creían soñar.

Delante de ellos se extendía una vasta caverna, brillantemente iluminada, la altura de cuya bóveda era de cincuenta metros por lo menos. Su anchura era cuatro veces más y su longitud, calculó Ockers a ojo, no bajaba de los dos kilómetros.

Había unas máquinas enormes, de forma completamente desconocida para ambos; gigantescos paneles de control, enormes tubos que salían de algunas de las máquinas para ir a perderse en la bóveda, consolas de mando..., y algunos sujetos que trabajaban atentamente, sin prestar atención a lo que ocurría a su alrededor.

Los hombres vestían un mono azul claro, de tejido suave y brillante. No lejos de donde se hallaban, Ockers divisó a un individuo de unos sesenta años, con el pelo completamente blanco, inclinado sobre un pupitre de control.

De pronto, una joven pasó por delante de ellos, con una carpeta de documentos bajo el brazo. Ockers y Nancy lanzaron un arito simultáneo:

—¡Cleo!

La chica se volvió y les miró con curiosidad.

—¿Me conocen ustedes? —preguntó.

—Pero, Cleo —exclamó Ockers.

Nancy extendió una mano.

—Aguarda un momento, Ray —pidió—. Tú eres Cleo Langfries.

—Sí —confirmó la chica—. No tengo por qué negarlo..., aunque —bajó la voz— tengo unas ganas locas de salir de aquí.

Nancy se volvió hacia su acompañante.

—¿Lo comprendes ahora, Ray? —sonrió.

—Es una doble... Bueno, la que hay arriba es una doble de la auténtica Cleo —dijo él.

—¿Cómo dicen? —inquirió la chica.

—Cleo, yo soy Nancy Guild, quien habita ahora la casa de tu difunto tío Silas. Él es Ray Ockers...

—Un momento —pidió Cleo—. Tío Silas no ha muerto. Está aquí. Mírenlo.

Ockers volvió los ojos y divisó al hombre del pelo blanco, muy ocupado delante de su consola.

—Otro doble —murmuró—. Pero tía Melitta asistió a su entierro...

—Probablemente, no vio el cadáver momentos antes de que el féretro bajase a la sepultura. Y tal como están las cosas, no me extrañaría en absoluto que Edgar hubiese puesto allí un falso cadáver, un nuevo doble de tío Silas.

—¿Cómo viniste aquí? —preguntó Nancy.

—No lo sé. Me trajeron un día, hace ya muchos meses..., y me reuní con tío Silas. Pero yo no sabía que se había simulado su entierro...

Nancy se volvió hacia el joven.

—Tío Silas debía «morir» para trabajar aquí —explicó—. En cambio, la muerte de Cleo no era conveniente, para que otra mujer ocupase su puesto en la superficie.

—No entiendo nada en absoluto —declaró la auténtica Cleo.

—Te lo explicaremos muy pronto —sonrió Ockers—. ¿Conoces a un tal Edgar Bruden?

—Por supuesto. Suele venir aquí con alguna frecuencia...

De pronto, un individuo de rostro hostil se acercó al trío.

—Eh, ¿qué hacen ustedes aquí? —preguntó.

Ockers estudió al sujeto durante unos segundos. Pendiente de su cinturón llevaba la funda de una pistola. Quizá no era un arma terrestre, pero valía la pena apoderarse del arma.

—Hemos sido enviados especialmente para comprobar las filtraciones de agua del techo —sonrió—. Mire, allá arriba hay una gotera...

El hombre, incauto, picó. Ockers disparó demoledoramente el puño derecho.

Instantes después, el arma pasaba a su poder.

—Cleo, llama a tío Silas —indicó.

—Nos volvemos a la superficie —dijo Nancy.

La chica echó a correr hacia su tío. Momentos después, regresaba con el anciano.

—Tío Silas —dijo Ockers, solemne—, su cautiverio ha terminado.

—¿Estás seguro, Ray? —sonó de pronto una voz conocida.

CAPÍTULO XII

—Tire el arma —añadió Bruden.

Ockers obedeció en el acto. Luego, lentamente, giró en redondo.

Bruden y la falsa Cleo estaban en la puerta del ascensor. El primero tenía en la mano una pistola idéntica a la que Ockers había arrebatado al vigilante.

—Encontraron el ascensor, pero ignoraban un detalle: tengo un indicador de funcionamiento en mi casa —dijo la falsa Cleo.

—Era de suponer —contestó Ockers—, aunque, de todas formas, hubiéramos bajado

—Pero ya no volverán a subir —dijo Bruden.

—Oiga, un momento, ¿cómo se llama su acompañante? La doble de Cleo, me refiero...

—Dyna —contestó la aludida—. ¿Tiene eso alguna importancia?

Ockers sonrió,

—Oh, no, mera curiosidad. Tío Silas, ¿qué impresión le produce encontrarse con dos sobrinas idénticas?

El profesor Bussey meneó la cabeza.

—Parecen gemelas —contestó—. O como si hubiese tomado unos tragos de más...

—El alcohol es un vicio típicamente terrestre, que nosotros vamos a suprimir —dijo Bruden con engolado acento.

—Usted no tiene idea de lo bien que va una copita de vino de cuando en cuando, aunque no a cubos, como lo hice yo una temporada. Pero era por su culpa, Edgar —declaró Ockers.

—La Tierra no está madura todavía para conocer el secreto de la antigravedad. Deben pasar decenas de siglos, antes de que ustedes puedan aprovecharse de esa fuente de energía, tan barata como inagotable.

—Ya salió el racista, el hombre superior —se burló Ockers—. Nosotros somos solamente unos seres miserables...

— ¡Pues claro que sí! —estalló Cleo—. Y si no, ¿por qué se cree que nos llevamos este pedazo de Tierra a nuestro mundo?

—Sí, una especie de «zoo» para estudio de sus científicos y admiración del público de su planeta, ¿verdad?

—Exacto —corroboró Bruden—. Este trozo de Tierra, con la añadidura de algunos animales que no vivían en él, es una representación típica de su planeta. Nos conviene conocer los seres vivos de otro mundo, tanto humanos como animales, además de las plantas y los minerales.

—Ya. Algún día, además, se lanzarán a la conquista del universo

—dijo Ockers con sorna—. Dyna, yo debí haber sospechado de ti casi desde un principio, pero desempeñabas el papel de Cleo estupendamente y ni por soñación se me ocurrió que pudieras ser un doble de la auténtica Cleo Langfries.

—Sí, cometí algunos errores —admitió Dyna con displicencia.

—Por ejemplo, fingir un ataque cuando estábamos haciendo mediciones del campo gravitatorio de la cara norte.

—Lo hice muy bien, tienes que reconocerlo.

—Sí, pero nunca debiste mencionar un perfume femenino muy intenso. Tratabas de desviar mis posibles sospechas hacia Nancy, pero ella, sin embargo, usa perfumes muy suaves, apenas perceptibles. Lo hiciste tú y escondiste el medidor en alguna parte; hay sitios de sobra en aquel lugar.

—Más errores —dijo Dyna, retadora.

—Quemar mi libreta de apuntes. ¿Qué podía importarle eso a una profesora de arte? Al contrario, debieras haberme impulsado a seguir, a construir yo mismo otro medidor..., pero no lo hiciste.

—No nos convenía, Ray.

—Finalmente, cuando apareció el león, tú sacaste un rifle. Debieras haber utilizado la escopeta de tía Melitta.

—Sí, me di cuenta demasiado tarde, pero es que, incluso a mí, me asustó la fiera.

—Fuiste tú la que disparó contra mí en la plaza del centro comercial.

—Lo hice yo y lo único que lamento es no haber tenido mejor puntería —rezongó Bruden.

Ockers soltó una risita.

—Sí, se ve que no está habituado a usar armas terrestres —dijo —. Pero ¿cómo no le localizaron después de los disparos?

—Dyna esperaba abajo. Yo desarmé el rifle y lo guardé en una maleta. La policía me interrogó, pero Dyna ya se había llevado la maleta.

—Y volvió a armar el rifle...

—Por si era necesario —declaró la aludida.

Ockers meneó la cabeza.

—Han realizado una obra gigantesca, pero me temo que no les va a servir para nada —dijo.

—¿Seguro, Ray? —preguntó Dyna, burlona.

—Oiga, ¿cómo construyeron esta caverna? Porque tuvieron que extraer millones de metros cúbicos de tierra y nadie vio sacar siquiera un cubo lleno de arena.

—Había una mina abandonada en la sierra. Aquella zona estaba desierta. Prolongamos uno de los túneles y llegamos hasta aquí —explicó Bruden.

—¿Y los materiales?

—Hemos pasado años enteros transportándolos desde nuestro mundo, en naves que pueden alcanzar velocidades inimaginables para ustedes y que, por supuesto, hacíamos invisibles e indetectables. Habíamos elegido esta zona como la más adecuada, pero cuando ya teníamos casi todo el trabajo realizado, surgieron inconvenientes.

—¿Por ejemplo...?

—Usted y su graviciclo, pero antes es preciso reconocerlo, encontramos al profesor Bussey.

Ockers sonrió.

—Edgar, reconozca también que no somos tan atrasados como parece —dijo—. Aunque por distintos caminos, tío Silas y yo estábamos a punto de conocer el secreto de la antigravedad, que ustedes creen es suyo solamente.

—Nadie más lo sabrá, se lo aseguro —dijo Bruden, ceñudo.

—La verdad, si todos los habitantes de su planeta son como usted..., vivir allí no será un placer; siempre se estará mejor en nuestro islote, en este «zoo» que ustedes se llevan, más que para estudio, para recreo. Pero en el futuro se encontrarán con graves problemas.

—¿De veras? —se burló Dyna.

—Somos gentes con muchísimos defectos, pero nos gustan la libertad y la independencia por encima de todo. Un día, pueden creerlo, nosotros o nuestros descendientes, nos sublevaremos y sacudiremos el dominio que ahora pretenden imponernos.

—De eso pueden estar seguros —intervino Nancy.

—Opino lo mismo —añadió Cleo, vehemente.

—Si no van a salir de aquí, si allá arriba no saben bien lo que sucede, ¿cómo lo van a conseguir? —dijo Bruden irónicamente.

—Pues... Oiga, ¿esos hombres le obedecen a usted?

—Sí, claro.

—No son muchos.

—Los necesarios. Los demás se volvieron a su tiempo. Ellos no necesitaban permanecer aquí durante el resto de la operación.

—¿Vinieron voluntarios?

Bruden parpadeó.

—¿Qué es lo que quiere decir? —preguntó.

—Bueno, quizá ellos tengan sus opiniones. Resultaría curioso preguntarles...

Ockers dio un par de pasos, pero la voz de Bruden le detuvo en seco.

—¡No se mueva!

—¿Va a matarme? Bruden levantó un poco la mano armada. De pronto, Ockers exclamó:

—¡Eh, mire, a ese hombre le está dando un ataque!

Con el brazo izquierdo, señalaba al vigilante caído. Bruden, instintivamente, volvió la vista.

El puño derecho de Ockers actuó contundentemente. Bruden trastabilló y soltó el arma.

Dyna gritó y se precipitó a recoger la pistola. Cleo le puso la zancadilla y la mujer cayó cuan larga era.

Ockers se agachó y recogió la pistola tomada al guardián. Bruden había recuperado la suya, pero el joven hizo fuego una fracción de segundo antes.

Para sorpresa de Ockers, el arma no detonó, sino que emitió una larga línea de luz, que fue directa al cuerpo de Bruden.

Se oyó un agudísimo gemido. Bruden palideció espantosamente.

Su cuerpo sufrió una terrible convulsión. El dedo índice apretó el gatillo por un movimiento reflejo.

Dyna se levantaba en aquel momento y recibió la descarga en pleno vientre. Abrió los brazos, saltó hacia atrás y se quedó inmóvil en el acto.

Dos cuerpos humanos cambiaron de color con espantosa rapidez, ennegreciéndose por completo en contados segundos. De súbito, se oyeron varios gritos.

Todos los individuos que se hallaban en la caverna rodaron por tierra. Ockers, estupefacto, se preguntó cómo era posible que dos disparos hubiesen producido efectos tan devastadores.

La explicación llegó más tarde, después de que Silas Bussey, quien tenía también conocimientos de medicina, examinase los cuerpos tendidos en el suelo.

—Eran robots, altamente perfeccionados, de tal modo, que dependían por completo de la mente de Bruden. Al morir Edgar, ellos «murieron» también, si es que este verbo se puede aplicar a unas máquinas.

Ockers dio como buenas las explicaciones de tío Silas. Pero no tardó en plantear un serio problema.

—Bien, en cierto modo, estamos salvados. Ahora bien, ¿cómo volvemos a la Tierra? ¿Se puede conseguir? ¿O hemos de continuar este viaje hasta que algún día nos estrellemos contra ese misterioso planeta del que procedían Bruden y Dyna?

Tío Silas le guiñó un ojo, malicioso.

—Yo sé cómo regresar a la Tierra, justamente al mismo punto de partida —declaró—. Hasta ahora, por supuesto, no podía hacer nada, porque tanto Bruden como sus robots me vigilaban estrechamente. Pero ese viaje de vuelta es sencillísimo.

—¡No me diga! —se pasmó el joven.

—Las incidencias del vuelo se graban en una cinta, con todos los detalles de coordenadas, velocidades, intensidad de campos

gravitatorios y demás. Esa cinta es de tal precisión, que puede reproducir el vuelo de este islote con una exactitud absoluta. Cuando lleguemos a la Tierra, el islote se posará justamente sobre el mismo sitio que ocupó hasta hace algunas semanas.

Bussey se acercó a un panel de control y bajó una palanca, terminada en una empuñadura de color rojo, esférica, dejándola en posición horizontal. Luego hizo girar una llave.

Acto seguido, elevó la palanca de nuevo hasta la posición anterior y se volvió hacia los tres jóvenes.

—Como suele decirse vulgarmente, acabo de dar marcha atrás —exclamó, sonriente.

Ockers contempló unos segundos aquella fenomenal maquinaria que, no sólo movía la masa de nueve billones de toneladas, sino que, además, proporcionaba, luz, calor y atmósfera respirable.

Luego pensó en la Tierra.

¿Qué dirían allí, cuando vieran que Freeville ocupaba de nuevo su sitio?

Eso era algo que todavía estaba por suceder. Sí, habría muchas explicaciones..., y no faltarían los incrédulos, pero lo importante era que habían iniciado el viaje de regreso.

* * *

Horas más tarde, Ockers, en la puerta de la casa, miró a Nancy y sonrió.

—Falta una cosa —dijo.

—¿Qué es, Ray?

—La Luna.

—No la echamos de menos, a decir verdad.

—Pero la necesitamos.

—¿Lo crees así?

—Resulta muy romántico, sobre todo, cuando un hombre piensa pedir la mano de una muchacha.

—¿Cleo?

—Oh, no. ¡Si nos hemos conocido hace pocas horas!

—Entonces, soy yo.

—No falla, Nancy.

—Bueno, si tanto te empeñas...

Los brazos de Ockers rodearon la esbelta cintura femenina.

—Quiero casarme contigo, Nancy.

—Sí, Ray.

—Nos casaremos mañana mismo. Pero haremos el viaje de novios en la Tierra.

—¿Por qué?

Ockers se echó a reír.

—Ahora podré construir mi graviciclo. Y será de dos plazas —exclamó. Nancy rió jubilosamente. Pero sus risas se acallaron de repente.

En aquellos instantes, era mejor besar que reír.

F I N